

ESTUDIOS BIOGRAFICOS.



El conde de Orsay.

EL CONDE ALFREDO DE ORSAY.

Entre las personas notables que ha arrebatado la muerte el pasado año de 1852, se cuenta el conde de Orsay, cuya celebridad, debida á circunstancias comunes y casi desconocidas entre nosotros, merece ser explicada á los lectores del *Museo* por lo que pueden aprender respeto á las costumbres de otros países á quienes tratamos de imitar en todo. Como hemos visto de cerca al héroe, podemos restablecer su biografía un tanto desnaturalizada por los folletistas.

25 de Febrero de 1853.

Han hecho á Orsay el sucesor de Brummel. Jamás ha merecido este semejante honor, ni aquel esa injuria. Es confundir el maniquí de un sastre con un verdadero hombre de mundo. He aquí la verdad acerca del uno y del otro:

La sociedad inglesa, monárquica y disciplinada por excelencia, y sobre todo metodista, elige y reconoce un rey de cada clase y de cada generación. En Londres hay un rey de los lores, y un rey de los mendigos, un rey de las tabernas, y un rey de los salones. Solo que (y he aquí la escentricidad británica) algunas veces es un lord el rey de las tabernas, y un mendigo el rey de los salones. Es bien sabido que el príncipe Alberto reina en el club de los sastres.

TOMO XI. 4

A principios de este siglo, habiendo caído en poder de la rueca el trono de los salones, un capricho de las lady coronó al señor Brummel, ex-oficial de dragones, de oscuro nacimiento, sin talento y sin fortuna, pero que era de elevada estatura, y había inventado un nuevo nudo de corbata. Ya se sabe que esta clase de inventores no fueron los que idearon la pólvora. Este se había desfigurado el rostro, aplastándose la nariz, al caer una tarde del caballo, y aquel accidente fué el que hizo desmayarse á las bellezas de Hyde-Park. El talento de Brummel consistía en no conocer que era un necio, y en hacer lavar su ropa blanca en el condado de Lincoln, bajo pretexto de que el aire y el clima blanqueaban allí mejor las telas. Merced á mil pretensiones de amable y gracioso que los ociosos lores tuvieron la candidez de admirar, el ex-oficial marchó á la par con los grandes señores á espensas de sus proveedores y de sus estafadores. Ni un solo rasgo notable se advirtió en su carrera de chalecos y pantalones, sino este que le inspiró la necesidad.

Asustados sus acreedores al ver su número, convinieron en no dejarle respirar. Por única respuesta, Brummel hizo insertar en los periódicos de Londres este aviso que le aconsejó algun truhan: «Mr. Brummel, próximo á partir para los baños de X... invita á sus acreedores á que se presenten á recibir sus créditos.»

Acudieron todos apresuradamente; pero el dandy que tenía muy bien estudiado su papel, les recompensó en vez de dinero con esta especie de arenga:

—Agradezco vuestro reconocimiento, señores, pues sin duda venís á darme las gracias porque en vez de pagarlos las mil libras que os debo, os hago pagar las cien mil que os deben los nobles de Londres.

—¿Cómo es eso? exclamaron todos los acreedores asombrados.

—Por mi anuncio en el diario, que mañana tendrá fuerza de ley, Brummel ha establecido que se paguen las deudas al marchar á los baños... Como todos los elegantes van á ellos conmigo, os pagarán al tiempo de partir... como creerán que yo lo he hecho. En cuanto á nosotros, liquidaremos cuentas el año que viene.

Sucedió en efecto lo que había previsto... los dandys se asemejan á los carneros, que saltan unos detrás de otros... todos los amigos de Brummel pagaron realmente lo que él solo pagaba de palabra.

Al año siguiente se repitió la misma escena, y Brummel gozó de un crédito ilimitado hasta su aventura con el príncipe de Gales.

El heredero presuntivo de la corona, imitador como los demas, había dejado al ex-oficial que tomase ascendiente sobre él; pero éste (como á los asnos siempre se les ve la punta de la oreja) tuvo un día la insensatez de gritar al príncipe, en el salón régio y delante de cien lores Jorge, haced el favor de llamar. Jorge tiró en efecto de la campanilla, pero fué para decir al criado que se presentó: mandad que se acerque el carruaje de Mr. Brummel. Eso era obrar como rey y colocar el advenedizo en el lugar que le correspondía... Y volvió á caer en él tan profundamente, que acosado por sus acreedores, murió en Calais como un imbécil, y éste fué el único acto lógico de su vida.

Tal era Brummel y nada mas.

El conde de Orsay era otra especie de hombre, como vamos á ver. El conde Alfredo de Orsay, nació en París en 1798,

en el rango elevado de la sociedad. La hermosura parecía hereditaria en su familia. El padre y el hijo recibieron el título de *hermoso* Orsay, pero esa era la menor de sus cualidades. El padre fué general y se distinguió como tal en la época del imperio. El hijo visitó en 1819 la Inglaterra, en donde produjo un efecto inmenso por la estremada distinción de su persona y la originalidad de su talento. Regresó á Francia, y siendo oficial en 1822, en Valence del Ródano, iba á acompañar al duque de Angulema á España, cuando el 13 de noviembre, fecha memorable, vió apearse de un carruaje á la puerta de su habitación á un lord y á una lady. Esta le miró y se conmovió, él la saludó y se quedó estasiado, jamás muger alguna había visto un hombre mas hermoso, y jamás ningun hombre había admirado una muger tan linda...

Al día siguiente, Orsay rompía su espada, y en vez de seguir á *Monsieur* á España, seguía á Mad. á Italia. Locura inmensa que hubiera perdido á cualquiera otro, pero que al punto le puso á la moda, y le valió la mano de la hija de un par, porque la bella viagera era lady Blessington, de quien llegó á ser yerno poco despues. Lady Blessington, la Stael y la Recamier de Londres, era la inglesa mas brillante y mas ilustre del siglo.

Durante veinte y cinco años, en el espléndido palacio de Gore House, el conde de Orsay y lady Blessington fueron el rey y la reina de los grandes señores y grandes damas, de los elegantes de ambos sexos, de los escritores y artistas, y de las personas mas ilustres. Aquel imperio duró porque era natural, porque se apoyaba en el corazon y en la inteligencia, y porque ni la suegra ni el yerno fueron jamás ridiculos. Superioridad verdadera y la mas rara en el mundo. Al encontrar en la corte de lady Blessington un chambelan como Orsay, que tenía los modales de un príncipe y las gracias de un héroe de novela, que hablaba de historia, de ciencias, de literatura, de industria y de bellas artes como un diplomático, un sabio, un poeta, un industrial, y un artista, sus compatriotas se decían al oído:

—Se conoce muy bien que un francés ha pasado por ahí.

Se cree que el conde de Orsay escribió con lady Blessington los libros que la han dado nombradía; y seguramente era muy capaz de ello, porque el mismo lord Byron ha reconocido su talento en esta curiosa carta que se conserva en la Biblioteca real. El gran poeta respondía á Orsay acerca de sus memorias manuscritas relativas á la sociedad inglesa:

«Mi querido conde, deberíais contentaros con escribir en vuestra propia lengua como Grammont, y con sobresalir en Londres como nadie ha sobresalido desde Carlos II y las memorias de Hamilton, sin estraviaros en nuestro bárbaro idioma, que sin embargo comprendéis mucho mejor de lo que merece. Mi aprobacion es muy sincera; pero tal vez parcial, porque si amo á mi país, aborrezco á mis conciudadanos, y vuestro libro me ofrece á un mismo tiempo la seducción del talento y el atractivo de la venganza. He visto que escribís muy bien; he conocido las personas y reuniones de que hablais, y los retratos tienen tanta semejanza, que admiro al pintor y al cuadro. Pero lo siento por vos, porque si eso os sucede en lo mas florido de la edad y de la vida, ¿qué será cuando desaparezcan las ilusiones?... No importa; adelante. Gozad hasta el fin de todas vuestras ventajas de juventud, figura y talento. Ese es el deseo de un inglés, segun supon-

go, porque mi madre era escocesa, y mi nombre y mi familia son normandos. Por lo que á mi hace no soy de ningún país, y en cuanto á mis libros, de que os dignais hacer mencion, dejad que se los lleve el diablo... de quien provienen... si se ha de creer á muchas gentes...

«Natividad Byron.»

¿Aparecerán las memorias del conde de Orsay? ¿Se atreverá alguien á publicar esa historia viva y esa novela en accion? Lo deseamos sin esperarlo... El manuscrito se halla indudablemente en poder de la hermana del héroe, la señora duquesa de Grammont.

Orsay poseia otro recuerdo de lord Byron, una sortija de lava, que el autor de *Don Juan* le envió al marchar á Grecia, con estas palabras: «Suplico á Alfredo que conserve este anillo, es de lava, y por consiguiente adecuado al fuego de su juventud y de su carácter.»

El conde de Orsay era el Mecenay y el campeón de todos los talentos de Europa. ¿A cuántos escritores ha alentado? ¿cuántos artistas ha producido?... ¿cuántas glorias ha puesto en evidencia?... ¿cuántos dolores ha aliviado?... Estuvo en correspondencia con el célebre Dickens, y sus variados conocimientos le impulsaron hasta la mecánica. Inventó lo que llamaba una *maquinaria* para quitar fuerza á los choques en los caminos de hierro, y á él debieron los Sres. Brett y Toché, la autorizacion para establecer el telégrafo submarino entre la Francia y la Inglaterra.

Amigo íntimo de Luis Napoleon, nadie le ha hecho conceder mas gracias y favores bien merecidos. Salvó de Lambessa al cancionero Pedro Dupont. Sus ideas políticas eran muy originales, realista en el sentido de las ordenanzas ó decretos de Carlos X, y sintiendo que los Borbones no hubiesen adoptado las bases de las constituciones imperiales, y cuando sucumbieron, bonapartista por afecto y socialista bajo el punto de vista gubernamental, procuraba conciliarlo todo con raciocinios ingeniosos. Hemos oido de su misma boca, y conservamos en su correspondencia, profecías muy notables. Cuando Luis Felipe abrió el palacio de los inválidos á las cenizas de Napoleon, el conde de Orsay adivinó las eventualidades futuras de su sobrino, que entonces yacía olvidado en las torres de una fortaleza.

«Decid pues, á...», escribía á un amigo, *que Luis Felipe vá á poner la primera piedra del sepulcro de Napoleon, y debería quitar la que cierra la puerta del castillo de Ham.* (Párrafo citado en la Revista británica).

Desde principios de 1849, previó la caída de la república. El despotismo democrático, es cien veces peor, como dice Aristóteles, que ningún otro. ¿Qué decis de esa asamblea elegida por el sufragio universal, que los clubs van á disolver con invectivas? En la historia antigua y en la moderna no hay nada tan burlesco. (Carta á Mr. Bonard, 28 de abril de 1849).

«Mi querido amigo, si supiéseis lo descontento que estoy con esa coleccion de canallas, intrigantes, locos, necios, imbeciles y apóstatas!... Siento en mí la Francia, y en vano la busco en derredor mio!...» (Al mismo, 19 de abril de 1849).

«Otra vez os hablaré de política, en este momento es muy desagradable y fastidioso. Lamartine me decia ayer:—Cuanto mas veo á los representantes del pueblo, mas amo á mis perros. Y á propósito de la eleccion de Eugenio Sué.—

Es extraordinario cómo el *poder* ciega ya al pueblo.» (Al mismo, 1849.)

Escusado nos parece decir que presentamos aquí estos pormenores como simples curiosidades biográficas.

En cuanto á las escentricidades mundanas del conde de Orsay, fueron siempre excelentes rasgos de ingenio ó de corazon, ironías lanzadas á la moda y á los dandys, á quienes gobernaba con la punta de su látigo de montar. Se comprenderá fácilmente con algunos ejemplos.

He aquí de qué modo inventó el paletot, que amenaza sobrevivirle indefinidamente.

Volvia de una carrera de Ascott, con solo un jockey, sin haber tomado ninguna precaucion contra la lluvia, mal crónico del cielo inglés. Sobrevino un chaparron, luego otro mayor y el rey de los salones quedó mojado hasta los huesos. Orsay vió entonces á un pobre marinero bien resguardado de la lluvia, con una especie de leviton basto que le cubria desde la barba hasta las rodillas, trage tradicional de los marinos ingleses.

—¡Afortunado perillan!... exclamó para sí, y se acercó al marino.

—Amigo mio, le dijo, ¿quieres por ese chaqueton con que comprar otros diez, y con que beber á mi salud mientras te duren?...

Y le ofreció doce guineas. El marino habria aceptado la cuarta parte con entusiasmo... Se quitó su trage, y se dirigió á una taberna gritando, gracias, milord. El dandy, envuelto en aquel caliente y abrigador despojo, entró en Londres atravesando por Hide-Park.

El sol habia reemplazado al chubasco, y era la hora de los elegantes. La multitud, en carruage, á caballo y á pie, lanzó un grito al ver el segundo redingote de su rey, un grito de sorpresa y de horror!... no un grito de frenética admiracion.

—Eso es delicioso!... y original... é ingenioso!... Solo Orsay puede unir de ese modo lo confortable á lo elegante.

El conde se sonrió, los dejó decir, y al dia siguiente el trage de marinero circulaba por Londres, á los dos siguientes por París, y despues por toda la Europa.

Tal es el origen del paletot moderno, y de todos sus derivados tan sumamente cómodos.

La adopcion de los pantalones de verano de tela gruesa y oscura, nació al año siguiente de otra generosidad de nuestro héroe... Esto es muy gracioso, y nos lo ha revelado el Sr. Gonzalez.

Un comerciante francés arruinado, dejó un dia una tarjeta en Gore House... Si hubiese sido un gran señor, Orsay le hubiera hecho aguardar su visita. Pero era un desgraciado y corrió á su casa aquella misma tarde. Encontró rodeado de una familia desconsolada á un hombre que iba á arrojarle al Támesis.

—Excelente medio de refrescaros, le dijo, pero eso no dará de comer á vuestra esposa ni á vuestros hijos. Vámonos qué es lo que os sucede y qué quereis.

—Me sucede que esta mañana me han vendido cuanto tenia en mi casa, le respondió el comerciante, y necesito cinco mil francos para reponer mi comercio.

—No los tengo y lo siento... ¿pero no os queda absolutamente nada?

—Nada mas que ese enorme fardo de tela de embalar, que valdrá cuando mas cinco francos cada pieza, y que han



envuelto cien mil francos de paños de Elbeuf...; eso es todo lo que mis acreedores me han dejado para enjugar mis lágrimas...

Orsay se dió una palmada en la frente... se acordó del paletot del año anterior, y con la punta de su baston abrió el monstruoso fardo, luego con la mayor sangre fría:

—Mi querido compatriota, le dijo, haced llevar á mi casa seis yards de esa tela... tomad su precio doblado... Comed con eso dos ó tres dias... Guardad con esmero el resto del fardo, y sabed aprovechar la ocasion para coger la fortuna aunque sea por los cabellos... voy á enviároslo.

—¿Qué significa ese logogrifo? decia entre sí el mercader, que sin embargo aguardó, aunque nada comprendia.

Media hora despues, el sastre del conde se presentó con premura enviado á llamar por él. Orsay le entregó los seis yards de tela basta, y le mandó que le hiciese un pantalon aquella misma noche.

—¿Un pantalon con este trapajo? exclamó el artesano, eso es horrible.

—Para que sea todavía mas horrible le hareis muy ancho y las costuras las hareis como las de un guante de caza.

—¿A quién quereis poner como á un colchon nuevo?

—A mí.

—Vuestra señoría se chancea.

—Jamás... amigo mio... Idos, y hasta mañana á la hora del *steeple chase*.

En efecto, al dia siguiente el conde se presentó en las carreras con los pantalones de tela de embalar... tuvo un éxito asombroso... dos sportmen riñeron á puñadas en su honor, y tres ladys se desmayaron de adoracion.

Y al concluir la semana, el comerciante arruinado, comprendiendo en fin, y aprovechando la ocasion, habia ganado diez mil libras en surtir de pantalones á los amigos del conde de Orsay.

Es sabido que el conde habia fundado en Lóndres una sociedad de socorros mútuos para los franceses. Cada año ponía en su caja sumas considerables. Cuando le faltaba dinero (porque jamás ha sido muy rico), le encontraba para sus compatriotas en los bolsillos de todos los lores. Ningun francés, sabiéndolo él, ha muerto por falta de recursos en Lóndres, patria de la miseria... ¡He ahí con qué compensar algunas locuras!...

Cuando una pobre actriz de mérito era rechazada del teatro por alguna intriga, Orsay la aplaudia y la proporcionaba de ese modo un ajuste... Si un comerciante honrado se quedaba sin parroquianos, Orsay mandaba detener á su puerta el carruage, bajaba de él, le compraba guantes, un lente, una corbata, y desde aquel momento quedaba asegurada la fortuna de la tienda.

Despues de algunos duelos, la supremacia del conde llegó á ser inviolable, sus adversarios recibían una porcion de carteles, en cuanto les habia dispensado la honra de batirse con ellos.

—Si me saltase la tapa de los sesos, decia riéndose, al dia siguiente habria cincuenta suicidios en Lóndres, y la raza de los dandys se perderia durante una generacion.

Asi se chanceaba de una boga que era para él un medio y de ningun modo un objeto... La empleaba, no solo en socorrer á los infelices, sino en efectuar revoluciones de buen gusto en los usos, el tono y las maneras del gran mundo, á costa de algunas osadías escéntricas, porque la originalidad

era la condicion de su poder, al mismo tiempo que la diversion de su fantasia. Sabia mejor que nadie cuántos necios son necesarios para formar un público, sobre todo en los salones en donde el peinado se apreciaba mas que el talento.

Cuando se estableció en París en 1848 con lady Blessington, pensaba hacer allí la vida seria de un artista, porque era á un mismo tiempo pintor y escultor inspirado, aunque no muy correcto. Este hombre que habia hecho vivir á otros muchos, iba á subsistir con su talento. Su suegra y él habian quedado arruinados por la miseria de sus arrendatarios de Irlanda. Tierras, granjas, palacio de Gore House, pinturas y muebles lujosos todo lo vendió en Lóndres. Habian quemado sus buques ingleses. Lady Blessington murió del cólera, y este golpe faltó poco para que concluyera con el conde de Orsay. Sus amigos y el trabajo le salvaron de la desesperacion. Retirado á su taller de la calle la Ville l' Eveque, se puso á pintar, y sobre todo á esculpir con ventaja y buen éxito. Hemos visto el busto de Lamartine, el mejor retrato del poeta orador, y su propio retrato que le representa trabajando en el mármol. Labró tambien en mármol la cabeza de su hermana la duquesa de Grammont. Pintó igualmente al anciano Wellington, con ligero y gracioso pincel. Vacío en bronce una porcion de medallones muy parecidos, caprichos atrevidos, un centauro, animales fantásticos, etc. Su mejor obra es la última, un Napoleon á caballo, destinado segun creemos á Versalles.

Fermentaban otros varios proyectos en su cabeza, cuando fué atacado de la cruel enfermedad que debia arrebatarse... en vano su amigo Luis Napoleon le nombró superintendente de bellas artes; en vano la duquesa se hermana le llevó á su quinta de Chamboursy, junto á San German y se le disputó á la muerte, con los mas tiernos cuidados... Falleció en sus brazos el 4 de agosto del año último, como un hombre grave y cristiano: le administró los santos sacramentos el arzobispo de París, y le rodearon y sintieron todos los que aman en Francia lo hermoso y lo bueno, el corazon y el talento, la literatura y las artes.

Descansa al lado de lady Blessington, en el cementerio de Chamboursy, enfrente de un paisaje delicioso, en el sepulcro que habia esculpido con sus propias manos. Mas de un elevado personage, mas de un grande artista, y sobre todo, mas de un desgraciado, van en peregrinacion á visitar aquella amable tumba.

Y ahora, queridos lectores, que ya conoceis al hermoso Orsay como nosotros le hemos conocido, os suplicamos por el reposo de su alma y el honor de su memoria, que jamás le compareis con el maniquí de Brummel.

DISCURSO

LEIDO POR DON MODESTO LAFUENTE,

EN SU RECEPCION

EN LA ACADEMIA DE LA HISTORIA.

En la imposibilidad de insertar íntegro este bellissimo documento, tan propio por su índole del MUSEO DE LAS FAMILIAS, vamos á copiar algunos trozos que darán idea de su mérito,

absteniéndose de todo elogio, ya porque dice por sí mas que cuanto nosotros pudiéramos decir, y ya tambien por razones de delicadeza fáciles de comprender.

«El autor de la HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA, se ha propuesto por tema de su trabajo la fundacion, el engrandecimiento y la caída del califato de Córdoba explicando sus causas y apuntando sus consecuencias. Despues de pintar la situacion de los agarenos conquistadores de España á mediados del siglo VIII y de referir cómo una asamblea de ochenta ancianos jeques de otras tantas tribus discurrió dar el poder al único vástago de la estirpe de los Beni-Omeyas, que por una feliz casualidad se habia salvado de la universal matanza de su familia, ejecutada entre los brindis de un festin alevosamente preparado en Damasco por los vengativos Abbasidas, y cómo fué buscado en los desiertos de Africa y hallado en una cabaña, prosigue de este modo:

«Viene á España el jóven principe Abderrahman el Omniada. «Es digno de un trono este hijo de Moawiah,» esclaman millares de musulmanes andaluces, entusiasmados con su noble y gallarda presencia. Y le erigen un trono en Córdoba, y se funda el imperio mahometano de Occidente, emancipado del califato de Oriente. Rugen todavía desencadenadas las tormentas de las guerras intestinas, pero el jóven Omniada, brioso, activo y esforzado, empuña su cimitarra. combate, triunfa, castiga, perdona, sofoca las rebeliones, reorganiza la España musulmica y afianza su trono. Es un planeta de poderoso influjo, á cuya aparicion se calman las borrascas. En los periodos de sosiego embellece á Córdoba con alcázares, palacios, fuentes, baños y jardines: son las artes de Oriente que vienen á aclimatarse en el suelo español. En los jardines de la antigua colonia patricia donde nació y creció el célebre plátano de César, planta con su mano una esbelta palmera; símbolo del gusto y de la civilizacion oriental, que reemplaza al gusto y á la civilizacion romana. El mismo califa canta una balada á la reina de las selvas; es el genio poético de la Arabia representado por el gefe del Estado. Erige escuelas ó madrissas para la educacion de la juventud; es la ilustracion arábiga que quiere hacer de Córdoba la Bagdad de los estudios y de las academias. Da principio á la construccion de una gran mezquita que rivalice en esplendor con los mas suntuosos templos de Arabia y de Siria; es el fanatismo mahometano que se propone hacer de la ciudad de Andalucía la Meca de los musulmanes de Occidente.

«Con el califato de los Omniadas se entroniza y predomina en España la raza árabe pura, noble, ardiente, voluptuosa y galante, sobre las razas berberiscas, groseras, vengativas, traidoras y feroces. El árabe era galante y tierno, porque era culto y voluptuoso. Por eso aquellos califas guerreros y letrados enloquecian con las gracias y las caricias de una linda esclava, y erigian para ella alcázares suntuosos, y le consagraban jardines y versos, cásidas y joyas, y el mas despótico soberano de Oriente se hacia esclavo de la última de sus esclavas. El árabe era generoso y noble. Por eso un califa batallador abrazaba llorando cuando encontraba en el campo de batalla al hermano que aspiraba á derrocarlo del trono: por eso eran indulgentes con los cristianos sumisos, y respetaban á un sacerdote de Cristo que se presentaba desarmado y solo á ajustar un tratado de paz, y permitían llevar en procesion por entre poblacion-

es musulmanas las reliquias de un santo. Pero el árabe era impetuoso y ardiente. Por eso martirizaban á los que se atrevian á ridiculizar sus ritos ó á mofarse del Profeta; por eso cortaban las cabezas de los guerreros cristianos y las clavaban en los adarves de sus muros ó hacian pilas de sus cráneos. El árabe era violento en sus pasiones y cruel en sus venganzas. Por eso degollaban sin piedad á los musulmanes disidentes, y saboreaban con bárbaro placer el espectáculo de trescientos cadáveres de otros tantos jeques revoltosos clavados en estacas festonando las márgenes de un rio. Esta mezcla de cultura y de ferocidad, de generosidad y de fiereza, explica la conducta de los califas españoles y el carácter de la lucha de los sarracenos entre sí, y de los pueblos cristiano y musulman durante el Califato.

«Basta con que algunos grandes principes se sucedan sin interrupcion en un trono para dar engrandecimiento y prosperidad á un estado; y la estirpe de los Beni-Omeyas fué en esto tan privilegiadamente afortunado, que casi todos los soberanos de aquella ilustre dinastía fueron insignes, ó como políticos, ó como sabios, ó como guerreros: casi todos estuvieron dotados de cualidades eminentes. Por eso, al través de discordias intestinas y de guerras exteriores, crece el imperio y se engrandece el califato hasta hallarse en un grado de esplendor que asombra en el siglo X bajo Abderrahman III el Grande. Este esclarecido principe encadena con una mano el Africa á España, y con otra sofoca añejas rebeliones y da al cabo de dos siglos unidad al imperio. La fama de su grandeza vuela por el mundo, y embajadores de los soberanos de Constantinopla, de Alemania, de Esclavonia, de Francia, de Italia, de Navarra y de Barcelona, vienen á la corte del califa con cartas de amistad en que le tributan homenajes de respeto, y vuelven admirados de la magnificencia y agasajo con que han sido recibidos, mientras él da hospitalidad á un rey cristiano y le repone en el trono de Leon. Era un genio superior el de este califa, y era ya un imperio grande el de Córdoba.

«Tipo de la cultura, de la magnificencia y de la galanteria oriental este Abderraman Al Nassir, construye y dedica á su esclava favorita para su recreo la mansion mas fastuosa que ha podido imaginarse, el célebre y maravilloso palacio de Zahara; el palacio de las quince mil puertas y de las cuatro mil trescientas columnas de preciosos y variados mármoles; el de los techos de cedro y los artesonados de ébano y de marfil; el de las fuentes de jasper con cisnes de oro y los surtidores de azogue vivo que robaban sus rayos al sol; el de los bosquecillos de jazmines, de mirtos y de laureles con pabellones de mármol blanco y capiteles de oro; el de los arroyuelos, las flores y los perfumes; el de las siete mil esclavas y catorce mil esclavos para el servicio del califa y de la escogida de su harem. La mayor maravilla de aquella mansion de deleites es que parece una creacion fantástica y poética, y fué la realidad de la poesia. Abderrahman debió dar celos al autor del Coran, porque realizó en la tierra el paraíso que el Profeta habia prometido á los creyentes en el cielo, aquel paraíso de materiales placeres que la imaginacion lúbrica de Mahoma habia inventado para halagar la ardiente voluptuosidad de los árabes. Desde el palacio de Zahara solo la poesia ha podido crear tan deliciosas mansiones.

«Si Abderrahman III fué como triunfador el César, como espléndido y magnifico el Trajano de los musulmanes, su

hijo y sucesor Alhakem II fué como hombre de paz el Octavio, como filósofo el Marco Aurelio del califato de Occidente. Este príncipe, mas dado á las artes y á los goces de la paz que á las glorias y al estruendo de la guerra, convierte las cimitarras y alfanges en arados y azadas, y hace de los soldados ganaderos, labradores, artesanos, comerciantes y mineros: los campos antes regados con sangre humana se ven cruzados de canales y azequias, y cubiertos de frutales y plantíos, de verde yerba y de doradas mieses. Este príncipe, que vió á su padre circundado siempre de literatos, poetas, médicos, astrónomos, matemáticos, filósofos, historiadores y artistas; que le vió confiar á los hombres de mas saber los primeros cargos del imperio, y gastar inmensas sumas de mitcales de oro en adquirir libros y galardonar el talento, la aplicacion y la ciencia; este príncipe, que habia sido educado entre doctos académicos y que antes de empuñar el cetro habia ganado coronas en certámenes literarios, sube al trono y convierte á Córdoba, la ciudad de las doscientas mil casas y de las seiscientas mezquitas, en una vasta academia; recoge el fruto de la cultura que han ido sembrando los ocho califas que le precedieron, y hace de Córdoba la Atenas del siglo X. La biblioteca del palacio de Meruan llega á encerrar hasta cuatrocientos ó quinientos mil volúmenes; el índice y las biografías de los autores las ha escrito él mismo; el bibliotecario es un príncipe, es el hermano mismo del califa; su palacio es el templo de las letras y el albergue de las Musas. Los amantes de la ilustracion que se lamentaban recordando el horrible incendio de la biblioteca de Alejandria en el siglo VII, pudieron consolarse al verla en el X como renacida y maravillosamente acrecentada en Córdoba, y el culto Alhakem parecia haber nacido para lavar la afrenta que habia caido en el pueblo de Ismael con el escándalo del bárbaro Omar. El reinado de Alhakem II es el punto culminante de la civilizacion oriental en España.

«En medio de tanta grandeza y de tanta prosperidad del pueblo infiel, ¿qué habia sido del pobre pueblo cristiano? Los cristianos no han desmayado por eso en su santa empresa. Con la fé en el corazon, la cruz en el pecho y la lanza en la mano, han hecho atrevidas escursiones y rescatado pueblos y territorios en Galicia, en Lusitania, en los antiguos Campos de los Godos, y avanzado por el Norte y por el Este hasta el Duero y el Ebro. Se han erigido las basílicas de Oviedo y Compostela: se han levantado tronos en Leon y Navarra, y han surgido los condados independientes de Barcelona y de Castilla. Los Alfonso de Asturias, los Ordoños y Ramiro de Leon, los Garcías y Sanchos de Navarra, los condes de Castilla y de Barcelona, han sido derrotados los pendones del cristianismo en Aybar y en Valdejunquera, pero han sacado triunfante y gloriosa la enseña de la fé en Lutos, en Polvararia, en Laturce, en Gormaz, en el foso de Zamora y en los campos de Simancas. Sin embargo, en el flujo y reflujo de la reconquista, bajo los últimos califas que he nombrado y en el último tercio del siglo X el imperio sarraceno habia alcanzado su unidad y se hallaba en gran prosperidad y pujanza; los reinos cristianos se encontraban abatidos, en decadencia y ardiendo en discordias.

«En tal situacion, señores, se levanta como un gigante en el Mediodía de España el mas hazañoso campeón que habian tenido nunca los agarenos, el mas formidable ene-

migo que habian tenido jamás los cristianos. Este gigante no es el califa, no es el soberano, no es el gefe del imperio; es el ministro, es el regente, es el tutor de un califa niño é imbécil, el único inepto que ha nacido de la ilustre estirpe de los Beni-Omeyas. Almanzor, rayo de la guerra, emprendedor como Anibal, guerrero y literato como César, destructor, sin ser bárbaro, como Atila, mientras el imbécil califa vegeta en los salones y jardines de Zahara entretenido con pueriles juegos entre esclavos, eunucos y mugerzuelas, se lanza de improviso como un cometa sangriento de incierto rumbo, ya sobre el Oeste, ya sobre el Norte, ya sobre el Este de la España cristiana, y todo lo destruye, y todo lo arrasa, y todo lo aniquila. Borrell de Barcelona se arroja al mar huyendo de las aterradoras huestes de Almanzor. Garci Fernandez de Castilla sucumbe al filo de los alfanges sarracenos. Los muros de Leon caen desplomados, y Bermudo II se refugia á Asturias llevando consigo las cenizas de los reyes y las reliquias de los santos mártires. El sepulcro del apóstol Santiago en Compostela es profanado y pisado por las inmundas plantas de los soldados de Mahoma, y las campanas de la Jerusalem de los españoles son trasportadas por orden de Almanzor en hombros de cautivos cristianos, para colgarlas como trofeos, si no como lámparas, en la grande aljama de Córdoba. En veinte y cinco años de periódicas campañas gana el terrible musulman cincuenta victorias. Por todas partes estrago, ruina, desolacion y muerte para el pueblo fiel, que al cabo de dos siglos y medio de combates se ve casi en la misma estrechez que despues del desastre del Guadalete. Los triunfos y las conquistas de Almanzor señalan el apogeo de la grandeza del califato, el mayor poder de la dominacion musulmana en España.

«¿Será invencible este coloso? ¿Prevalecerá para siempre en España la ley de Mahoma? No puede ser. Porque la lucha es entre la usurpacion y la justicia, entre la mentira y la verdad, entre el Coran y el Evangelio, entre la concepcion monstruosa de un hombre y el libro escrito por la mano de Dios, entre el falso fulgor de una doctrina engañosa y la verdadera luz destinada á alumbrar la humanidad. Porque esa civilizacion al parecer tan brillante del pueblo de Oriente es la civilizacion del fanatismo y de la esclavitud. Porque la religion del código musulman es la religion de la espada, es la religion de un paraíso de repugnantes obscenidades, es un dogma que pretende crear un cielo corrompido para sancionar la corrupcion en la tierra. Y el que buscó quien derribara los ídolos del paganismo y el Olimpo de sus dioses inmorales, mejor hallará quien rasgue las páginas del libro de un impostor, y quien venza á los apóstoles armados de su doctrina.

«Mas cómo se levantará de su postracion el abatido pueblo cristiano? La desunion habia perdido siempre á los españoles, y una secreta y misteriosa inspiracion movió en aquella estremidad á los gefes de los estados cristianos de Galicia, de Leon, de Castilla y de Navarra, á unirse, á combinar sus débiles y diseminadas fuerzas, y á presentarse á combatir al Goliath de los sarracenos. Las menguadas huestes cristianas encuentran á las numerosas haces agarenas en la montaña del Aguila, Calat-al-Nóser en el lenguaje de los árabes, no lejos de la antigua Numancia, de glorioso recuerdo para los españoles. El hombre de las cincuenta victorias creyó llegado el momento de consumir el trágico drama inaugurado hacia tres siglos por Muza y por Tarik, y se que-

dó asombrado al encontrar valerosos combatientes donde solo pensó hallar cobardes fugitivos. Se empeña la lucha... y la mano invisible que sacó á unos pocos cristianos victoriosos de la gruta de Covadonga, los saca también triunfantes en la cuesta del Aguila. Almanzor, el terrible, el victorioso, el invicto, siente correr la sangre de su cuerpo vertida por las lanzas cristianas; mira en derredor de sí, y se ve sin capitanes; y el soberbio musulman sucumbe, no tanto por la recrudescencia de sus heridas, como de la rabia y desesperación de verse una vez vencido. Las lágrimas de sus soldados riegan su tumba en Medinaceli: un hombre misterioso recorre las márgenes del Guadalquivir anunciando á grandes voces con palabras fatídicas la catástrofe de Calatañazor á los musulmanes: en los templos cristianos resuenan himnos de júbilo; en las mezquitas se reza la azala del dolor; el pueblo repite unos versos de predicción siniestra hechos por Ibrahim ben Edris, y como Roma despues de la batalla de Canas, así Córdoba viste de luto al recibir la nueva del desastre de Calatañazor. Apuntaba entonces el siglo XI.

«Nunca con mas razon se afligió y enlutó un pueblo entero por la muerte de un hombre. Porque Almanzor, guerrero y político, batallador y literato, que compartía las estaciones entre certámenes literarios y combates bélicos, que conquistaba ciudades y fundaba academias, que repartía entre los soldados el botín de las victorias y distribuía entre los doctos los premios del saber; Almanzor, el favorito de la sultana Aurora, único valido que hayan empleado su privanza en bien y engrandecimiento del pueblo; Almanzor, que se contentaba con ser rey sin cetro, monarca sin corona, soberano sin trono y califa sin imperio, pudiendo tener imperio, trono, cetro y corona; Almanzor, cuyo nombre era pronunciado despues del de el califa Hixem desde lo alto de trescientos mil alminbares en Africa y en España, era la columna y el sosten del califato, y rota su cimitara, el cetro de los califas era una frágil caña en manos de un niño que crecía en años y nunca llegaba al uso de la razon.

«En efecto, muerto Almanzor, se ve derrumbarse como desde la cúspide de una gran pendiente el soberbio imperio de los Omíyadas, y desaparecer esta esclarecida estirpe como disipada por el soplo siniestro de un viento mortífero. Las tribus y razas berberiscas, edrisitas, alamerías, slavos, tadjibitas, zeiries, benihuditas, mazamudas, zanbeegas y beni-alafthas, cada cual arranca un giron del manto imperial de los Beni-Omeyas; cada walí y cada alcaide erige para sí un estado independiente, para disputarse despues la presa como hambrientos lobos, y sobre las ensangrentadas ruinas del califato se levantan multitud de pequeños reinos, casi en cada comarca, casi en cada ciudad del desmoronado imperio.

«La caída del califato es la línea divisora que señala la superioridad del pueblo cristiano sobre el sarraceno. Hasta ahora el pueblo español ha pugnado por vivir; desde ahora empieza á pensar en organizarse: cuenta ya con la existencia materia, y comienza su vida política y civil. Los pueblos van ganando derechos políticos de la misma manera que han ganando territorios, lenta y parcialmente, y nacen los fueros de Leon, de Castilla, de Navarra, de Aragon y de Cataluña: legislación parcial, local, imperfecta, pero preciosa, que los alienta á sostener y proseguir la obra de la res-

tauración, porque al compás que reconquistan mejora su condición social.

«De tal manera, señores, quedaron quebrantados y deslocados los sarracenos desde la jornada de Calatañazor, que aunque los reyes de Navarra, de Leon, de Aragon y de Castilla, los Sanchos y Ramiros, los Alfonsos y Fernandos, no recogieron al pronto todo el fruto que debieron y pudieron de aquella victoria, porque llevados de ese espíritu de rivalidad local, tan innato y tan funesto á los españoles, gastaron lastimosamente combatiendo entre sí las fuerzas que hubieran debido emplear contra el comun enemigo, todavía desde la montaña del Aguila pudo divisarse en lontananza el resplandor de la cruz plantada por el sexto Alfonso de Castilla sobre los muros de Toledo, la antigua corte de los godos, el centro y el mas formidable baluarte de la España mahometana.

«Perdido este baluarte, los musulmanes andaluces en su nuevo conflicto vuelven los ojos al Africa, é invocan el auxilio de los Almoravides. Estos bárbaros africanos, modernos numidas que cruzan el estrecho como sus progenitores llamados por sus hermanos de España, vuelven como aquellos sus armas contra sus mismos invocadores, los vencen, los encadenan, los trasportan al desierto, se apoderan de la España sarracena, y los Almoravides hacen de España una dependencia de Africa, como antes los Omíyadas hicieron de Africa una dependencia de España. Los rudos musulmanes del Mediodía destruyen á los cultos musulmanes de Oriente: acaba la dominación de los árabes y empieza la de los moros.

«Eran sin embargo terribles las primeras acometidas de los bárbaros meridionales. Los Almoravides pusieron á punto de sucumbir la causa del cristianismo en Zalaca: los Almohades le dieron un golpe mortal en Alarcos. Mas contra los primeros se levantaron un Campeador castellano y un Batallador aragonés, el Cid Ruy Diaz y Alfonso I de Aragon: el uno les arrancó temporalmente á Valencia, el otro les arrebató para siempre á Zaragoza. Para vengar el ultraje de los segundos recuerdan que solo la union los pudo hacer triunfar en Calatañazor, y unen por segunda vez sus banderas, y vencen en la memorable batalla de las Navas, tercer portentoso de los anales del pueblo español en la edad media. En Calatañazor cayó y se disolvió el imperio omíyada; en las Navas de Tolosa cayó y se disolvió el imperio almohade: el primero representa el triunfo del Evangelio sobre el islamismo culto de Oriente, el segundo simboliza el triunfo de la verdad religiosa sobre el mahometismo bárbaro del Mediodía. La causa cristiana prevalece igualmente contra la culta Arabia que contra el Africa salvaje. Era ya el principio del siglo XIII.

«A la sombra de estos triunfos ha ido avanzando la restauración en medio de reveses y contrariedades; ha ido creciendo la nacionalidad á través de dificultades y obstáculos; ha dado grandes pasos la unidad á vueltas de mil rivalidades y discordias, y al mediar aquel mismo siglo dos monarcas españoles, cada uno de los cuales lleva en su frente dos diademas, el uno las de Cataluña y Aragon, el otro las de Leon y Castilla, santo el uno y héroes ambos, Jaime I y Fernando III, prosiguiendo simultáneamente y con igual ardor la empresa de la reconquista, por Oriente el uno, por Mediodía el otro, el uno planta el pendon de San Jorge en

la almudena de Mallorca y en la alcazaba de Valencia, el otro enarbola el estandarte de Santiago en el mas alto alminar de la grande aljama de Córdoba y en la torre de la Giralda de Sevilla.

«Recobradas las reinas del Guadalquivir y del Guadalquivir, los restos de todas las razas y de todas las dominaciones musulmanas se refugian, se agrupan, se apiñan en Granada como en el último baluarte de una ciudad asaltada por el enemigo. El estrecho, pero pobladísimo reino de Ben-Alhamar, compendio y como extracto de la grandeza de los imperios musulmicos que le precedieron, diminuta herencia de Damasco, de Bagdad y de Córdoba, se sostiene y vive todavía por mas de dos siglos, merced á las distracciones de los dos grandes reinos cristianos; de Aragon, que gasta sus robustas fuerzas en conquistas esteriore y en empresas lejanas; de Castilla, que consume su vitalidad en disensiones intestinas, entre reyes y príncipes, entre monarcas y mag-

nates, entre señores y vasallos. Granada se sostiene con sus discordias de familia y de casta, merced á los funestos celos y rivalidades entre Castilla y Aragon, hasta que unidos los intereses de ambos reinos por el dichoso enlace de dos príncipes, sujetas ambas monarquías á un mismo cetro (pronunciemos, señores, con veneracion y con orgullo los nombres de Fernando é Isabel!!!), estos dos príncipes marchan acordes y rematan la obra laboriosa de ocho siglos, plantando la sagrada enseña del cristianismo y el pendon nacional en los torreones de la Alhambra de Granada, último monumento y último símbolo de la dominacion mahometana en la península española. El triunfo de Calatañazor tiene su complemento en Granada; el fruto de la Colina del Aguila se recoge á la orilla del Genil, y la muerte de Almanzor el Grande ha producido la caída de Boabdil el Chico, el Augustulo del imperio mahometano de Occidente.»

ESTUDIOS ARTÍSTICOS.



La resurrección de la hija de Jairo, copia del cuadro de M. Felix Fessy.

MANGORA (1).

(LEYENDA HISTORICA. 1530—1532.)

I.

LUCIA MIRANDA.

(Marangoré, cacique principal de los timbúes, se aficionó locamente de Lucía Miranda, señora de distincion, hermosa, honesta y por extremo recatada.—GUEVARA.)

¡Bella es Lucía!... tan bella
Como el espléndido cielo
De la hermosa Andalucía,
Do tuvo su cuna asiento.
Ojos árabes, pestañas
Estendidas como un velo;
Cejas negras, que arquedas
Hacen su mirar mas tierno;
Nariz aguileña, frente
Dilatada en los extremos,
Medio oculta entre los rizos
Del perfumado cabello;
Graciosa boca, y tan leve
Que apenas se ven los tersos,
Nacarados dientes, cuando
Entreabre sus hechiceros
Frescos labios purpurinos;
Rostro ovalado y risueño
Do se pintan una á una
Como en un luciente espejo
Las emociones diversas
Que hacen palpar su seno:
Y sedoso, transparente,
Con suave matiz ligero
Salpicado el blanco cutis
De un sonrosado moreno.

¡Bella es Lucía!... su porte
Es magestuoso y esbelto;
Su pie, su mano, su talle,
Sus brazos, espalda y cuello
Pueden competir sin duda
Con los que el artista griego
De Médicis en el mármol
Grabó con cincel maestro.
Pero no es, no, su belleza
Lo que mas conmueve el pecho;
Es su acento indefinible,
Armonioso, suave, tierno,
Que hasta el corazón penetra
Y le hace latir violento:
Es su mirada inocente
Llena de santo embeleso,
Que cuando se fija en uno

Abierto le muestra un cielo:
Es su trato candoroso
Tan dulce como hechicero,
Que sin pretension ninguna
Coatva y rinde al momento.
Es la gracia inimitable
De todos sus movimientos,
De sus palabras mas leves,
De su mirar placentero,
De su risa encantadora,
De su bondad, de su esmero
Para complacer á todos,
Si puede sin mengua hacerlo.
Es un *no sé qué* indecible
Que explicar no puede el verso,
Pero que el alma comprende
E idealiza en el momento,
Conservándolo grabado
En caracteres de fuego;
Pues si intenta traducirlo
En el idioma terreno,
Conoce que inesplicable
Aunque sublime y escelso,
Entre Dios y los mortales
Es todavía un secreto.

Casi niña todavía
Dijo adios al pátrio suelo
Para seguir el destino
Del esforzado guerrero
Con quien le ligaban dulces
Los lazos del himenéo.
Dotada de un alma fuerte
Y un corazón noble y tierno,
Quiso compartir sus glorias,
Sus penas y contratiempos,
Y partió con él á América,
Donde el gran monarca Ibero
Enviaba los soldados
Mas valientes de su imperio,
Para que le conquistasen
Con su espada un mundo entero.

Pero, ay! repetidas veces
La hermosura es don funesto!
Esa muger hechicera
De gracias y amor portento,
En mas de un alma sensible
Encendió criminal fuego.
La amaron, sí, mas ninguno
Con un delirio tan ciego,
Con un ánsia tan vehemente,
Con un amor tan frenético,
Como el cacique Mangora,
Indio audaz, malo y soberbio,
Que en su arrogancia salvaje
Se figuraba altanero
Que en el mundo debia todo
Postergarse á sus deseos,
Porque siempre que encontrara
Obstáculos á su empeño,

(1) Los historiadores no escriben del mismo modo el nombre de este cacique: Rui Diaz y Azara le llaman *Mangoré*; Guevara y Alvear *Marangoré*; Funez y otros *Mangora*. Hemos preferido este último nombre, porque nos ha parecido mas armonioso y fácil.



Para conseguir sus fines
No se paraba en los medios,
Segun las crónicas dicen
Y autores de mucho peso (1)
De quienes los hechos tomo,
Reservándome el derecho
De interpretar á mi modo
La razon y causa de ellos.

II.

LOS DOS HERMANOS.

(Persuadió al otro cacique, su hermano, que no les convenia dar la obediencia al español tan de repente, porque con estar en sus tierras, eran tan señores y absolutos en sus cosas, que en pocos dias les supeditarían todo, como las muestras lo decían... Para cuyo efecto su parecer era que el español fuese destruido y muerto, y asolado el fuerte.—RUI DIAZ.)

El crepúsculo dudoso
De la noche se disipa,
Y ya asomando radioso
Deshace el sol la neblina
Que como nocturno manto
Trémula envuelve y oscila
En la sien de las montañas
Que allá al Occidente brillan,
Como gigantes dormidos
Encima de una *cuchilla*. (2)

Y también allá á lo lejos
En una loma estendida,
Avanzado centinela
De las armas de Castilla,
El fuerte de *Sancti-Spiritus*
Solitario se divisa
Por encima de los bosques
Y de las rocas vecinas,
Siempre al combate dispuesto,
Alzando la frente erguida.

Algunos pocos valientes
Iberos allí se abrigan;
Los únicos que en el Plata
En aquella época había,
Y que dejara Gaboto
Del *Carcañal* (3) en la orilla,
Cuando explorado el gran río
Que á Solís costó la vida,
Volvióse á España á dar cuenta
De lo que en él se escondía
Y traer nuevos refuerzos
Para seguir la conquista.

(1) Vide.—Rui Diaz de Guzman.—*Argentina*, lib. II, cap. VIII.
Guevara.—*Historia del Paraguay*, lib. II, cap. II.
Azara.—*Descripcion é historia*, t. I, cap. V.

(2) *Cuchilla*.—Se da este nombre en el Rio de la Plata á pequeñas montañas y circunvalaciones del terreno que corren en una misma direccion.

(3) *Carcañal*.—Corrupcion de la palabra guaraní *caracaraña*, que significa *rio listado de caracarás*, aves de rapiña, parecidas á los halcones, que graznan repitiendo esas palabras.

Allí se oculta la bella,
La encantadora Lucía;
Allí feliz, halagüeña
Su existencia se desliza,
Resguardada por su esposo
Y los demas que le envidian.

Mas ay! que llorando ahora
El sol la encuentra y se eclipsa
Por no mirar en su rostro
El pesar que la domina,
Y le da, mal que le pese,
Una espresion mas divina.
En el torreón mas alto
Del castillo está subida,
Y en un buque que se aleja
Clavada tiene la vista,
Empañadas por el llanto
Sus bellísimas pupilas,
Haciendo con el pañuelo
Señales de despedida
Y en voz baja repitiendo:
«Vuelve pronto, vida mia,
«Esposo caro del alma,
«Dulce vida de mi vida.»

Y abatida, silenciosa,
Embebida en su desdicha,
En el pretil pone el codo
Y en la mano la megilla,
Y tristemente los ojos
En las turbias olas fija,
Siguiendo la nao que baja
El río con violentísima
Carrera, por las corrientes
Y los vientos impelida.

Y mientras ella anhelante
Se queja, llora, suspira,
A pocos distancia, ocultos
En la arboleda vecina,
Al pie de un robusto *ombú* (4)
Solos dos hombres platican,
Qual si ejecutar debiesen
Algun proyecto homicida;
Y sentados en el tronco,
Al través de sus hendijas,
De cuando en cuando señalan
Al castillo y luego fijan
Los ojos centelleantes
En la nao y en la divina
Muger que en el torreón
Bañada en llanto la mira.

(Se continuará.)

(4) El *ombú* es sin disputa el gigante de las selvas americanas: hay algunos cuyo tronco no pueden abarcar diez hombres estendiendo los brazos. Los años y las lluvias suelen formar en dicho tronco espaciosas cuevas, donde á veces viven animales y se guarecen los viajeros en las tormentas. Es muy frecuente encontrar *ombúes* taladrados, como el que da origen á estas líneas, ya por la mano del hombre, ya por la de la naturaleza.

DOS CUADROS Y UNA BALADA.

Los grabados que acompañan á este artículo son copia de dos cuadros del célebre pintor alemán Scheffer, y su asunto está tomado de una balada del famoso poeta de la misma nación, Uhland. El primero representa al conde Everardo de Wurtemberg, el indómito guerrero apellidado el *Pendenciero*, cortando en dos pedazos el mantel de su mesa por no partir la comida con su hijo Ulrico, batido en la batalla de Reutlingen, y el segundo al mismo conde Everardo, llorando á su hijo Ulrico, muerto en la batalla de Doffingen.

Como la literatura alemana es tan poco conocida en nuestro país, suponemos que agradará á los lectores del Museo un extracto de la balada de Uhland; esta relación rápida, concisa, sencilla y enérgica, en que el escritor desaparece para dejar á los hechos que refiere toda su fuerza y todo el interés, servirá para dar una idea de este género de composiciones tan populares en Alemania, y que tanta analogía guardan con nuestras antiguas leyendas.

EL CONDE EVERARDO EL PENDENCIERO.

(RAUSCHEBART).

I.

LA SORPRESA EN WILDBAD.

En uno de los hermosos días del estío, el conde Everardo el Lloroso, el anciano Rauschebart, salió de Stuttgart con unos cuantos ginetes sin casco ni armadura. No marchaba al combate, sino á rejuvenecerse en las aguas de Wildbad, y al paso visitó la abadía de Hirschau y probó el esquisito y fresco vino del convento. En Wildbad hay una hermosa casa que tiene por muestra una brillante alabarda: allí se instaló el señor, y todos los días iba al manantial, en donde se complacía en bañar su cuerpo cubierto de cicatrices. Un día el más joven de sus pages llegó corriendo y le dijo:

—Por la entrada del valle viene un grupo de gente bien armada: el jefe lleva en su escudo una rosa de oro y un jabali.

—Ya los conozco, hijo mío, son los Schlegel; dame mi ropa: no me es desconocido ese jabali, es colérico y malo; tampoco me es extraña la rosa, y sé que tiene duras y punzantes espinas.

Apenas había concluido estas palabras, llegó un pastor casi sin aliento con la noticia de que por la parte baja del valle llegaba una banda ó cuadrilla, cuyo jefe llevaba tres hachas, y una armadura que resplandecía como un relámpago.

—Es el señor de Wannenstein, llamado el Lobo Reluciente; dadme la capa: conozco esa armadura, y sé que las hachas cortan bien; ceñidme la espada: ese lobo está sediento de sangre. Es muy fácil sorprender en el baño á una joven para asustarla; pero cuando se pretende hacer lo mismo con un viejo caballero, se trata, si no de la vida, al menos de un crecido rescate.

Entonces el pobre pastor dijo:

—Señor, yo sé veredas desconocidas que no están ocupadas, y me encargo de ponerlos en seguridad.

El anciano conde le siguió, aunque no le agradaba la fuga. Treparon la escarpada montaña con la fuerza del calor, y el conde se detuvo estenuado por el cansancio y la fatiga; entonces el pastor se brindó á llevarle en sus hombros. El Lloroso aceptó, diciendo para sí: bueno es ser conducido de este modo por un hombre valiente: en el peligro es cuando se ve el corazón del pueblo, y he ahí por qué es necesario respetar su antiguo y buen derecho.

De regreso á Stuttgart hizo acuñar una medalla en memoria de aquel suceso, dió muchas al fiel pastor, y envió también algunas por burla á los Schlegel; luego hizo cercar á Wildbad con buenos muros.

II.

LOS TRES REYES EN HEIMSEN.

¡Tres reyes en Heimsen! ¿Quién lo hubiera creído?... Eran los tres hermanos Schlegel, que se habían atrevido á tomar tan orgulloso título, y fraguaban un complot para sorprender al viejo Lloroso y restablecer la independencia de los caballeros; pero durante la noche llegó un ejército que puso cerco á la ciudad y no tardó en embestir al castillo. Los Schlegel quisieron defenderse, mas por todas partes hacinaron paja y leña junto á las murallas y las prendieron fuego. Los habitantes del país acudieron con materias combustibles, y el incendio se había comunicado ya á los techos.

Pero había quedado libre una puerta y se oyó descorrer con suavidad los cerrojos. Los Schlegel pensaron en precipitarse como desesperados; pero no: salieron humildemente con toda su servidumbre, descubierta la cabeza.

—Muy bien venidos seáis, les dijo el conde, os devuelvo vuestra visita del baño de Wildbad, y solo siento que no se halle también aquí el de Wannenstein.

—Tenemos ya tres reyes, dijo un aldeano, si pillamos el cuarto, ganaremos la partida.

III.

LA BATALLA DE REUTLINGEN.

En Achaim, situado sobre un peñasco, habitaba cual águila altanera con todos sus caballeros el conde Ulrico, hijo del Lloroso. Sus correrías difundían el terror en derredor de Reutlingen, ciudad que debía sucumbir bien pronto. Pero he ahí que una noche los habitantes descienden al valle de Urach, ponen fuego á la población, se llevan los rebaños y dan muerte á los pastores. Noticioso Ulrico de tan desagradable suceso, jura en su cólera el no dejar que vuelva á entrar uno solo en la ciudad. Los caballeros se reúnen junto á la capilla de San Leonardo, echan pie á tierra y forman un batallón erizado de picas. Acuden los habitantes, pero como un ejército numeroso; ¿quién había de suponerles semejante fuerza? Los caballeros estrechan sus filas y se mantienen firmes como murallas; pero ábrese las puertas de Reutlingen, y un segundo ejército ataca al batallón por la espalda. ¡Qué combate!... ¡Que carnicería!... Los caballeros forman parapetos con cadáveres y su tropa queda redu-

cida á muy corto número; el conde Ulrico está cubierto de sangre. Entonces montan en sus caballos y se abren paso hasta el castillo. ¡Que dolor!... ¡Qué desolacion!... Ulrico cae del caballo medio muerto; al día siguiente muchos escuderos fueron á reconocer á sus amos entre los muertos de Reutlingen, y

los vieron colocados en la casa de la ciudad; luego los condujeron en carros al cementerio. Gotz Weissenheim abría la marcha, etc., etc.

Cuando el conde Ulrico sanó de sus heridas, fué á Stuttgart sin apresurarse mucho. Encontró á su padre solo y comiendo, quien le recibió con tanta frialdad, que ni un solo grito resonó en el espacioso salón. Ulrico se sentó a la mesa enfrente de su padre con los ojos bajos, y le dieron vino y pescado. Entonces el anciano tomó un cuchillo, y sin decir una palabra, cortó el mantel en dos pedazos.

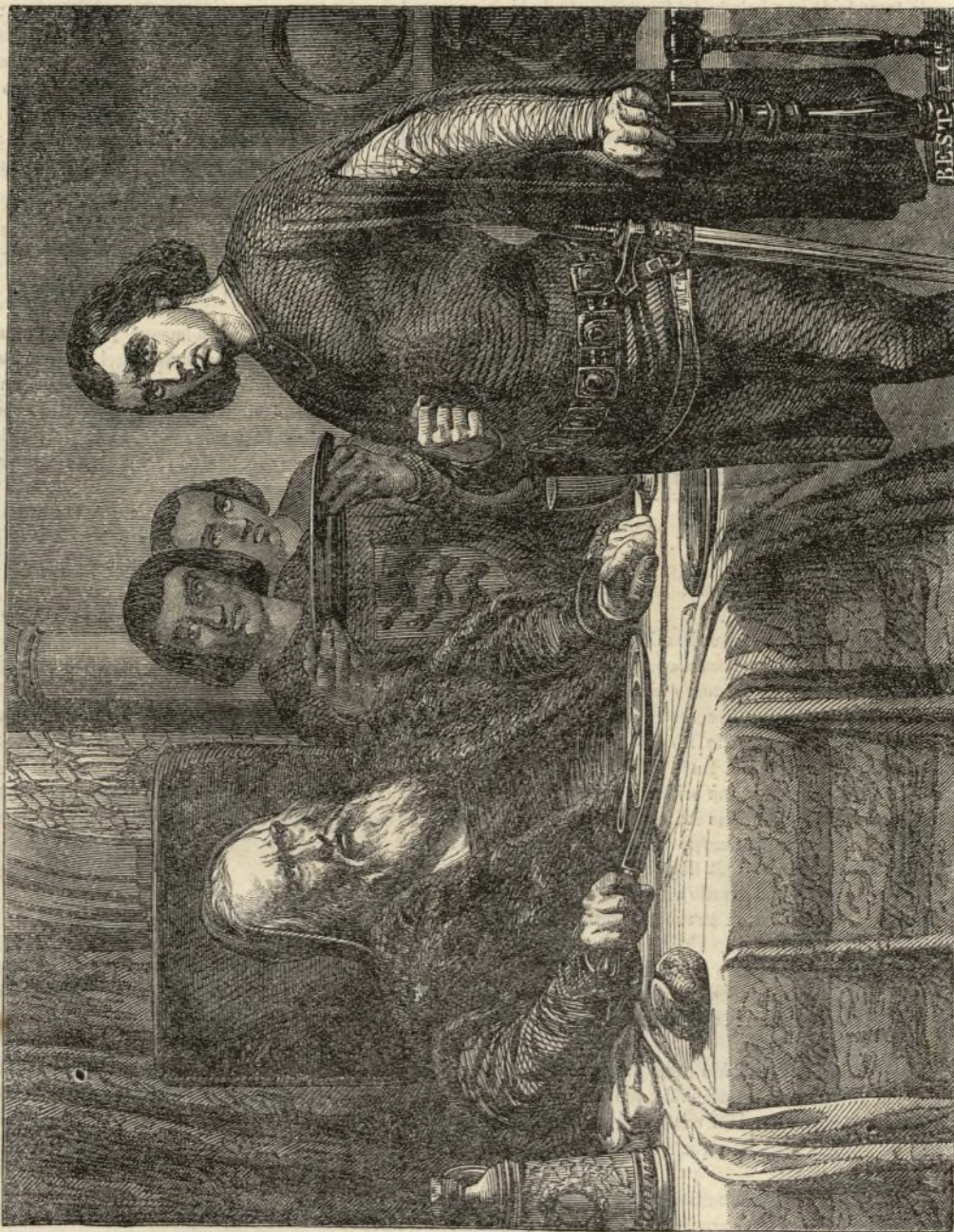
IV.

LA BATALLA DE DOFFINGEN.

En el campo del reposo de los muertos todo está habitualmente silencioso; no sucedió así en Doffingen, en cuyo cementerio resonaron todo el día los gritos de los combatientes y el choque de las armas. Los habitantes de la ciudad atacaron á los aldeanos, que se defendieron con lanzas

y hoces. El conde Everardo reunió varios caballeros para acudir en socorro de los suyos, cuando se le presentó un mensajero del señor de Wannestein, ofreciéndole los servicios de su amo.

—No los necesito, le contestó, que guarde la medalla que



le envié gratis en otro tiempo.

El conde Ulrico divisó bien pronto los batallones de las ciudades, y vió ondear las banderas de Reutlingen, Ulm y Augsburgo. Volvióse á abrir en su corazón la antigua llaga. ¡Padre mio! exclamó, voy á pagar mi deuda: no soy digno

de comer en el mismo mantel que vos, pero al menos combatiré en el mismo campo de batalla. Comienza la refriega, y el buen Ulrico arrolla y degüella cuanto se le pone por delante. ¿Pero qué es lo que llevan por allá abajo? La encina real que el rayo ha destruido. ¡Oh Ulrico, valiente caballe-

ceden. ¿Pero qué es lo que se ve brillar allá arriba? El Lobo de Wannestein que se arroja sobre los fugitivos y cubre los anchurosos campos con sus cadáveres. Concluida la batalla, el Lagrimoso ó Lloroso presenta su mano al Lobo.

—Gracias, valiente espada, ven á reposar despues del combate.

—Ja, ja, ja... dijo el Lobo riéndose, ¿os ha gustado la broma?..... pues no he peleado por vos, sino por odio á las ciudades. Adios.

El anciano conde pasó la noche en la aldea de Doffingen, junto al cadáver de Ulrico, su hijo único. Arrodillado al lado del féretro se cubria el rostro: quizá lloraba, pero nadie lo supo.

Al dia siguiente muy temprano se puso en camino para Stuttgard. Un pastor corria hácia él, y el conde dijo:

—Este hombre nos trae alguna mala nueva, pues tiene el semblante triste.

—El Lobo Reluciente ha caido sobre nuestros pastos, y to-



ro!... has sucumbido al filo de la espada. El anciano conde á quien nada altera, grita:

—¡No desmayeis, es un hombre como cualquiera otro, ¡Avanzad, los enemigos huyen!...

Los ciudadanos oyen su voz de trueno, vacilan y retro-

do nos lo ha arrebatado.

—Bien, contestó el viejo Lagrimoso, el Lobo se ha provisto de carne; así acostumbran á hacerlo esas fieras.

Al acercarse á Stuttgard le salió al encuentro un apuesto page.

—Ese mozo, dijo el conde, tiene buena traza; ¿qué feliz nueva nos traerá?

—Teneis un nietecito: Antonia ha dado á luz un niño

Entonces el anciano levantó las manos hácia el cielo, y dijo:

—Sea alabado el Señor, pues nós deja semilla.

UNA BOTELLA DE VINO DE MÁLAGA.

I.

MR. DE NOINTEL.

El marqués de Nointel era hijo del antiguo embajador que en el reinado de Luis XIV habia representado al rey su amo, de una manera tan altanera, en Constantinopla, cerca del divan. Mr. de Nointel no siguió la carrera de su padre: se dedicó á la magistratura, entró en el parlamento y se hizo notable por su escrupulosa exactitud en el cumplimiento de sus deberes.

Dos años antes de la época en que comienza esta historia, habia sido nombrado para examinar un negocio en que se trataba de varias reclamaciones del conde de Tolosa, acerca de bosques enclavados en los de la corona. El consejero del parlamento redactó su informe en sentido favorable á los intereses del conde, y el tribunal falló con arreglo á él. El conde de Tolosa, contentísimo por haber ganado el pleito, quiso manifestar su reconocimiento al magistrado, cuya imparcialidad no habia retrocedido ante las mas poderosas consideraciones; pero esto era muy difícil con un hombre íntegro y que gozaba de una fortuna considerable; un regalo no podia ser aceptado sino en razón de su poca importancia. El dispensero del conde de Tolosa recibió orden de hacer que llevasen á casa del señor de Nointel, calle de Clery, en París, veinte y cuatro botellas de vino de Málaga; la esquila de remision, escrita de mano del príncipe, decia que el vino no tendria ningun valor para la persona que le recibiera, mas que por un solo motivo, el de que el mismo señor de Tolosa le habia llevado de España en su primera expedicion marítima. Este motivo se apreció con toda la delicadeza de que los franceses se jactaban entonces, y el regalo fué aceptado sin dificultad. El vino de Málaga era de primera clase, y solo rara vez se servia en la mesa de Mr. de Nointel, y aun entonces él mismo se instituía en distribuidor.

Mr. de Nointel, padre, habitaba una magnífica casa en la calle de Clery, en uno de los extremos de París. Su jardín daba ó caía á las murallas, que en aquella época separaban todavía por esta parte la ciudad del arrabal llamado en el dia Poissonire. El consejero del parlamento tenia las costumbres severas de la magistratura; madrugaba mucho, se acostaba temprano, y no dedicaba ni un solo instante á los estrepitosos placeres del mundo. Su hijo, por el contrario, joven y disipado, se citaba por todos como un hombre á la moda, y solia retirarse á su casa cuando el padre se levantaba para reconocer voluminosos expedientes; pero este padre tan laborioso, no era menos tierno para con su hijo, y con objeto de dejarle mas en libertad, le cedió un pabellon enteramente separado, que daba al jardín.

II.

UNA VISITA.

El caballero de Nointel, volvió á su casa á las dos de la madrugada, en uno de los primeros dias de octubre del año de 1721. Su ayuda de cámara, despues de esperarle largo tiempo, habia encendido lumbre en la chimenea que existia en la habitacion de su amo, pero sin duda descuidó alimentar el fuego y no quedaban ya mas que cenizas calientes cuando llegó éste. Iba á volverlo á encender, pero el caballero se opuso, y despidió al ayuda de cámara, de cuyas manos recibió dos cartas que habian llegado aquel dia, y sin aguardar á mas se desnudó y metió en la cama, colocando antes una luz en la mesita ó velador, para leer las cartas. Mientras recorria con la vista una de ellas, sintió en lo alto de la chimenea un ruido, semejante al que hacen los pájaros cuando buscan un refugio contra la tempestad. Cesó el tumulto por un momento y volvió á comenzar luego, lo cual llamó la atencion del caballero de Nointel, que fijó la vista en lo interior del hogar: al pronto creyó que algunas pobres golondrinas iban á caer en él, y un sentimiento de compasion agitaba su alma. Volvió á comenzar el ruido con mas violencia en la chimenea, y concluyó por la caída, no de un pájaro, sino de un cuerpo voluminoso, que al caer, hizo volar por la habitacion la ceniza mezclada con algunas ascuas.

El caballero se incorporó asombrado: la bugia apenas iluminaba débilmente la alcoba, que era muy grande, y no podian distinguirse los objetos, pero despues de la caída, aquel cuerpo, que parecia moverse, prorumpió en lastimeros quejidos. Mr. de Nointel, cada vez mas atónito, gritó con voz alterada:—¿Quién está ahí? Contestáronle de la chimenea con nuevos gemidos que parecian arrancados por el dolor: insistió el joven oficial, y hé aqui el coloquio que se entabló entre él y aquel objeto extraordinario:

—¿Quién sois?

—Caballero, tened piedad de mí, soy un desgraciado que huye de la justicia: perseguido todo el dia por los esbirros, me he visto en la necesidad, para no caer en sus manos, de deslizarme por el cañon de la chimenea, y el cansancio ha concluido por arrastrar mi cuerpo y dejarme caer en vuestro hogar.

—¿Miserable!... ¿Sabeis que os hallais en casa de un magistrado, encargado de castigar á las gentes de vuestra ralea?

—¿Lo ignoraba!... pero ese magistrado inexorable en el tribunal, me tratará con misericordia, puesto que la casualidad me ha traído á su casa.

—Pues bien, ¿qué quereis? ¿qué me pedís?...

—Tengo el honor de suplicaros me concedais el favor de dejarme pasar aqui la noche, y mañana me retiraré por el camino que me indiqueis: ahora me encuentro sin fuerzas, tengo molido el cuerpo por efecto de la caída, y no podria salir sin descansar antes un poco.

El caballero de Nointel, joven y compasivo, no pensó de modo alguno en el peligro que corria al dar asilo tan cerca de él á un hombre que habia incurrido en el rigor de las leyes, y dijo:

—Accedo á vuestra súplica: colocaos en ese sillón y des-

cansad; pero en cuanto amanezca, preparaos á salir por el jardín.

—Me someto á todas las condiciones.

Diciendo estas palabras, el desconocido se puso en movimiento, y apoyándose en las rodillas y las manos, se arrastró con mucho trabajo hasta un sillón colocado detrás de la chimenea en el que se acomodó con mucha dificultad, sufriendo en silencio los dolores que sentía. Mr. de Nointel siguió con la vista todos sus gestos, y cuando aquel hombre estuvo sentado, apago la luz, corrió las cortinas, se tendió en su lecho, y no tardó en dormirse.

III.

UN ALMUERZO.

El joven oficial, que se habia acostado á las tres de la mañana, segun las reglas del equilibrio, no debia despertarse hasta muy tarde, tanto mas, cuanto que conforme á sus órdenes, el ayuda de cámara no entraba jamás hasta que le llamaba.

El reloj de la chimenea dejaba ya oír sus argentinos sonidos para señalar las nueve, y el caballero no se habia todavía despertado: su sueño quizá se hubiera prolongado mas, pero habiendo olvidado los criados cerrar un postigo de la ventana, la claridad del dia penetró sin obstáculo en la habitacion, y despertó á Mr. de Nointel, que dijo restregándose los ojos.—He tenido un sueño muy extraño: que un hombre habia caído por la chimenea, y que le daba asilo. Abrió sus cortinas con prontitud, y su sorpresa fué estremada al ver delante de sí á aquel hombre cuya existencia parecia pertenecer á un sueño. El desconocido dormia profundamente sumergido en cierto modo en una ancha poltrona: su rostro, magullado y lleno de hollin, estaba espantoso: su cabello empolvado se hallaba en el mayor desorden: su casaca de color de ladrillo y sus medias estaban desgarradas. Una de las manos del extranjero colgaba un poco de los brazos de la poltrona, y estaba manchada con hollin y sangre de sus heridas: en uno de los dedos tenia una sortija con un hermoso diamante: un rayo del sol daba entonces en la mano y hacia brillar la piedra preciosa. Aquella particularidad aumentó el asombro de Mr. de Nointel. Pasados algunos instantes, el desconocido estendió los brazos y abrió los ojos: viendo que su huésped le miraba fijamente se levantó de la silla, se dirigió tambaleándose hacia la cama, y saludó profundamente al caballero con el mayor desembarazo. Su estatura era mediana, y su cara, vista desde muy cerca, anunciaba, á pesar de sus magulladuras, un hombre de veinte y ocho á treinta años: no tenia nada de feroz, y sus ojos respiraban dulzura e intrepidez.

—Caballero, dijo el desconocido, me he introducido en vuestra casa de una manera poco comun, y os reitero mis mas sinceras gracias por la hospitalidad que os habeis dignado concederme.

—Las recibo, contestó con tono firme Mr. de Nointel, ¿pero sabeis cuáles son mis condiciones? Vais á dejar inmediatamente esta casa; yo mismo os abriré la puerta del jardín, y saldreis á los arrabales.

—Estoy pronto, caballero, á ejecutar vuestras órdenes sin tratar de prolongar mi permanencia aqui. Sin embargo, ¿me permitireis que os dirija una humilde súplica? He pa-

sado todo el dia de ayer sin tomar alimento; me hallo esteñado por la debilidad, y no podré andar diez pasos. Coronad, os ruego, vuestra buena accion, proporcionándome un pedazo de pan y un vaso de agua.

Aquella súplica hecha con voz penosa, escitó la compasion del joven oficial, que criado en la opulencia, le aterraba la idea de que uno de sus semejantes podia perecer de hambre.

—Con mucho gusto, dijo, satisfaré vuestro nuevo deseo: encerraos en ese guardaropa que hay junto á mi cama.

El extranjero obedeció con presteza, y Mr. de Nointel tiró de la campanilla. Al momento acudió el ayuda de cámara, y su amo le dijo: Ayer no cené, tengo apetito y quiero comer algo: pedid al cocinero un pedazo de carne fiambre, id luego á la habitacion de mi padre, que no debe haber salido, porque el tribunal tiene ahora vacaciones, informaos de mi parte de como ha pasado la noche, y decidle que necesito entonar un poco el estómago, y le suplico me dé un vaso de aquel excelente vino de Málaga, procedente de la bodega del señor conde de Tolosa.

Marchó el eriado, el caballero Nointel se levantó de la cama y se vistió de prisa su traje de mañana. El ayuda de cámara no tardó en volver con la mitad de una gallina, pan, una botella de vino de Borgoña, y ademas un frasco del de Málaga que habia pedido su amo; luego se retiró, y el caballero corrió el cerrojo para que no pudiese entrar. Acercándose en seguida al guardaropa, invitó al desconocido á que saliese, el cual lo efectuó haciéndole antes una reverencia. Su huésped le señaló con la mano el plato, invitándole á que comiese. El extranjero no se hizo de rogar, pues devoraba con los ojos el ave; sin embargo, obró como un hombre acostumbrado á contenerse, y comió sin manifestar una ansia grosera. El caballero de Nointel se complacia en cierto modo, en verle comer, y cuando observó que todo lo habia consumido, dijo:

—No sé, caballero, lo que os sucederá al salir de aqui: quizá tendreis que pasar un dia tan malo como el de ayer, y es necesario que os fortalezcáis un poco; y al decir estas palabras, le llenó un vaso de vino de Málaga, y se le presentó: el extranjero le tomó con delicadeza, se le aproximó á los labios, y le saboreó repetidas veces como pudiera hacerlo una persona inteligente.

—Caballero, dijo, este vino de Málaga es muy bueno: sin embargo, seria posible encontrarlo mejor.

—¿De veras? contestó el caballero con cierto aire de enfado, porque en aquella circunstancia no era muy oportuno semejante modo de expresarse: está bien, prosiguió; ya sabeis nuestro convenio, y os invito á que abandoneis este sitio cuanto antes. Al mismo tiempo abrió una puertecita que daba á la escalera, dejó que pasara delante de él al desconocido, le hizo bajar, atravesó el jardín, descorrió los cerrojos que cerraban otra segunda puerta, y el hombre, viendo aquella salida, la atravesó rápidamente, saludando profundamente á su generoso conductor.

IV.

UNA FIRMA.

El caballero de Nointel no dijo nada á su padre acerca de la visita nocturna, pues temia le reprendiese el haber

dado asilo á un malhechor; ninguno de los de la casa tenía tampoco conocimiento de semejante aventura.

Habían ya trascurrido ocho dias desde aquel suceso, cuando en el momento en que toda la familia del consejero se hallaba reunida en el salon despues de comer, á cosa de as dos, entró un criado, y dirigiéndose al hijo de la casa, dijo:

—Acaban de dejar en la porteria una cesta con seis botellas de vino de Málaga, dirigida á vos, señorito.

—¿A mí? contestó éste, serán sin duda para mi padre.

—Perdonad, he aqui la carta que acompaña al regalo.

El caballero de Nointel tomó la carta, y se arrimó al hueco de una ventana: He aquí lo que decía:

«Caballero.

«Tengo el honor de reiteraros mis mas sinceras gracias por la amable hospitalidad que os dignasteis concederme, sin olvidarme del buen almuerzo que comí con tan buen apetito. Al parecer os incomodasteis, cuando, al probar vuestro vino de Málaga, dije que era excelente, pero que podria encontrarse mejor. Me tomo la libertad de enviaros unos frascos de vino de Málaga, que creo superior al vuestro, y desearé que al beberle seais de mi misma opinion.

«Soy con el mayor respeto y el mas vivo reconocimiento, caballero, vuestro mas humilde y obediente servidor,

Cartucho.»

V.

NO PASÓ DE MIEDO.

El jóven oficial quedó petrificado despues de haber leído la carta, y entonces pudo apreciar toda la estension del riesgo que habia corrido al pasar una noche con semejante compañía. Despues de restregar la carta en sus manos, se acercó con viveza al hogar, y entregó á las llamas aquel peligroso documento de conviccion. Apenas habia consumado el sacrificio, cuando se abrió la puerta, y anunciaron á Mr. de Salaberi, uno de los colegas de Mr. Nointel en el parlamento.

—Sabeis, dijo con una vivacidad agena de su carácter, ¿sabeis la noticia? al fin ha sido preso.

—¿Quien?

—Cartucho, el gefe de bandidos que hace dos años ha difundido la consternacion en Paris con sus atrevidos golpes de mano: la ronda y los soldados le perseguian con actividad ya hacia muchas semanas, y hace ocho dias por poco le prenden en vuestro cuartel; se escapó milagrosamente.

—Lo ignoraba, respondió Mr. de Nointel: si á la apertura del tribunal se instruye esa causa, yo seré del número de los jueces que libertará á la sociedad de ese malvado; estoy nombrado para lo criminal.

Ya se comprende cual debía ser el semblante del caballero. Mr. de Salaberi continuó su narracion diciendo:

—Cartucho, segun aseguran, ha hecho en sus primeros interrogatorios, revelaciones que comprometen gravemente á personajes eminentes, damas de clase distinguida, señores de la corte, militares y magistrados. Eso debe ser gracioso.

Cada palabra que pronunciaba Mr. de Salaberi hacia es-

tremecer al caballero de Nointel, que temia en el mas alto grado que su nombre se hallase mezclado en aquellas revelaciones, por causa de la maldita visita nocturna, bien independiente de su voluntad.

Lo que Mr. de Salaberi habia dicho era exacto. Concluidas las vacaciones, la sala del crimen, llamada de la Tournelle, de que formaba parte Mr. de Nointel padre, empezó los procedimientos contra Cartucho, cuyo acontecimiento ocupó un mes entero á la capital: todos acudian á la Consergeria. Era necesario algun favor para ver en su prision al famoso gefe de bandidos, que parecia gloriarse del afán con que contemplaban sus facciones. No perdió ni un solo instante aquella diabólica presencia de ánimo, una de las causas de su nombradía. Las visitas á la Consergeria habian llegado á ser de gran tono, y los que se encontraban en los salones de Versalles y en la Plaza Real, se saludaban con estas palabras: ¿Habeis visto á Cartucho? Esa pregunta fué dirigida varias veces al caballero, que contestaba negativamente. Los hombres y señoras de la tertulia á que concurría, se maravillaban de su obstinacion en no querer bajar á aquella prision de la Consergeria tan visitada por los elegantes: Mr. de Nointel nada respondia, pero se proponia perseverar en su conducta, porque era indudable que su compañero de una noche le habria reconocido, y hubieran resultado cosas desagradables para él. Cartucho fué descuartizado vivo á fines de noviembre de 1721. Mr. de Nointel no pudo menos de experimentar un sentimiento de misericordia; mientras su padre vivió, no dijo una palabra acerca del encuentro fortuito que habia tenido con el célebre bandido. Sin embargo, una particularidad consolaba un poco su amor propio: la instruccion del proceso hizo conocer que Cartucho se habia introducido con circunstancias extraordinarias en casa de personajes muy elevados, de duquesas, del arzobispo de Paris, y aun de los presidentes del parlamento.

El caballero de Nointel, ligero, futil y perfumado en su juventud, llegó á ser á los cuarenta años un oficial de mucho mérito; duro y rígido para el servicio, se distinguió en las campañas del mariscal de Sajonia y de Lowendal: ascendió mucho en su carrera, y habiéndose constituido en uno de los Nestores del ejército francés, se complacia en referir á los oficiales su famosa entrevista con Cartucho. En el número de los que le escuchaban con gusto, se hallaba Mr. de Viomenil, que murió de mariscal en tiempo de la Restauracion. Hemos oido referir la aventura en 1819 al mismo Mr. de Viomenil, en la tertulia de Mad. de Montlusion, una de las últimas viudas modelos del siglo XVIII.

NUESTRA SEÑORA DE LA MERCED.

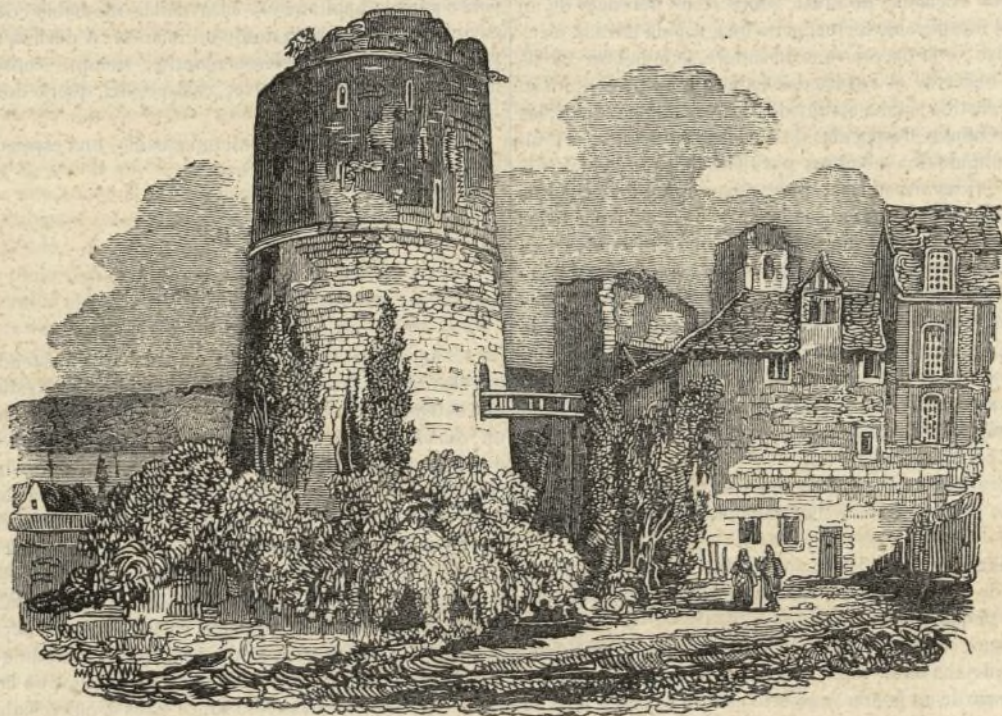
I.

LA VUELTA DEL CRUZADO.

Declinaba ya la tarde de un hermoso dia de otoño, y en los valles se empezaba á sentir la humedad producida por el crepúsculo, cuando un caballero, que largo rato hacia iba costeando las orillas del Mediterráneo, se introdujo por fin en una garganta profunda que serpenteaba entre dos pro-

longados ribazos cubiertos de pinos. Se advertía en el caballo, lo mismo que en el jinete, pobreza y cansancio, y que su viaje había sido largo; pero en cambio de su traje estropeado, de su casco empañado y de su coraza enmohecida por la lluvia, la mas radiante alegría se manifestaba en el semblante del caballero, que cada vez mas impaciente aguijoneaba á su corcel para llegar cuanto antes al término de su viaje; miraba con placer aquel camino cuyos menores rincones parecia le eran muy conocidos. Entregado á ideas á la vez tristes y placenteras que le hacían asomar la sonrisa á sus labios y las lágrimas á sus ojos, se hablaba á sí mis-

Francia pagó por su rescate, por el de otros servidores suyos, y el de su propia persona, un millon de *besantes* de oro y la entrega de Damietta. Volvia, pues, Berenger á la Provenza, á la casa paterna por la que tanto había suspirado; volvia pobre de bienes, es verdad, pero con la esperanza de que en el hogar doméstico encontraría la abundancia y la riqueza; estaba abrumado de fatiga; pero los tiernos cuidados de su madre y de su hermana le volverían sus perdidas fuerzas; la idea del gozo que estas dos personas queridas iban á experimentar al verle aumentaba ya el suyo; pensaba también en el que tendrían sus antiguos criados que lo ha-



Castillo de Elvar

mo, y en esta agitacion al dar una vuelta al camino se detuvo ante una pequeña imagen de la Virgen María, colocada en un nicho medio arruinado; apeóse, y poniéndose de rodillas y las manos cruzadas, hizo en voz alta esta fervorosa oracion: «Madre de misericordia! Vedme ya de vuelta sano y salvo en mi patria; os prometo cumplir el voto que os hice al partir para la guerra santa; levantaré aquí una capilla y un hospicio para los peregrinos, y vendré todos los años á visitar vuestra sagrada imagen; en ese mismo día socorreré con toda devocion á treinta y tres pobres en honra y memoria de los treinta y tres años que vuestro santísimo Hijo se dignó pasar en la tierra con los hombres. Virgen María, favoreced á vuestro pobre servidor.»

No sin motivo Berenger de Elvar daba gracias á Dios que acababa de librarlo de un sin número de peligros; como fiel vasallo había seguido al santo rey Luis en la cruzada, y habiendo sido herido en la batalla de Mansourah, se vió reducido á sufrir un penoso y duro cautiverio en poder de un emir egipcio, y no recobró su libertad sino cuando el rey de

bían visto nacer, y se acordaba hasta de las caricias que le haría su leal perro Leon, que con sus aullidos de alegría anunciaria sin duda la vuelta de su amo.

—¡Vamos, valiente! decia á su caballo; ánimo! que pronto llegaremos; tendrás buena cuadra, pienso abundante y halagos de los picadores y escuderos que te cuidarán bien; vamos, avanza, que ya llegamos.

El fiel animal, como si hubiese comprendido los deseos de su amo, tomó un trote largo, y muy luego el joven viajero empezó á divisar la sombra oscura y gigantesca del castillo de Elvar, á cuya vista palpité su corazón, quedando sin embargo muy sorprendido de no ver aparecer alguna luz en las ventanas, ni sentir el menor ruido en las murallas. Se detuvo un momento para asegurarse, y nada oyó.... Tal vez estarán en las habitaciones que dan al Norte, se dijo á sí mismo, mi padre jugando al ajedrez con el capellan, mi madre y mi hermana hilando en sus ruecas, y los criados durmiendo; voy á sorprenderlos todos á la vez. Al decir esto tomó la corneta que pendía de su cintura, y la hizo sonar

como acostumbraba cuando en otro tiempo volvía de caza; nadie contestó. Lleno de inquietud y de impaciencia se adelantó; el puente levadizo estaba echado á pesar de lo avanzado de la hora; Berenger lo pasa; ni la oscura bóveda que sostenía la torre del castillo, ni en la entrada de éste encontró criados ni escuderos: llamó; el eco de las murallas repitió su voz; se adelantó hacia el patio, el mismo triste silencio, la misma profunda oscuridad, la mas absoluta soledad.

—¡Dios mio! se dijo á sí mismo; ¿qué es esto? ¿qué ha sucedido aquí en mi ausencia?....

En este momento los rayos de la luna, rasgando los densos velos que la cubrían, penetraron por entre las nubes e iluminaron el castillo de Elvar; sobrecogido Berenger de un secreto é inesplicable terror, echó una rápida mirada alrededor suyo, y le pareció que la sangre se le helaba en las venas al observar el cuadro desolador que se presentó á su vista; el castillo estaba arruinado, los tejados hundidos, las anchas ventanas despojadas de maderas y cristales, el gran patio sembrado de escombros por todos lados, muebles esculpidos, ricas armaduras, pergaminos rasgados, cuadros destrozados, todo yacía diseminado y destruido por todas partes; solo las fuertes murallas, en las que aun se advertían señales del fuego, habían podido resistir los estragos del incendio y del robo. Al aspecto de tan triste espectáculo, Berenger se apeó precipitadamente de su caballo, y lleno de zozobra, de impaciencia y de dolor, saltó por una ventana, cuyas maderas se hallaban rotas, sin duda por manos enemigas, y se encontró en una de las salas de armas, donde en otros tiempos se ejercitaba en su manejo con su padre y sus antiguos criados.....

—¡Padre mio! exclamaba en alta voz. ¡Padre mio! ¿dónde estais?... ¡Madre mia!..., hermana mia Alicia!.... respondedme.

—¿Quien llama? ¡Eh! buen amigo, dijo una voz que parecía salir de un rincon de esa misma vasta y oscura sala; ¿qué queréis? ¿á quien buskais?

Berenger se dirigió precipitadamente hacia el punto de donde se dejaba oír la voz, y alargando su mano se encontró con el brazo de un hombre cubierto con un sayal de pelo de cabra.

—¿Quién sois? dijo el joven caballero, conduciendo al desconocido hacia la ventana alumbrada por la luna.

Los dos se miraron á la vez.

—¿Sois vos, mi señor? exclamó el desconocido cayendo de rodillas á los pies de Berenger, ¿vos vivís todavía! ¿no me conocéis? Soy yo; Santiago el Rojo, el cabrero con quien jugábais cuando érais niño.

—Ya te conozco, si, mi buen Santiago; pero dime, ¿qué ha sucedido aquí en mi ausencia? Mi padre, mi madre, mi hermana, ¿dónde están?

El cabrero se levantó, y como horrorizado, y con la expresión del mas profundo dolor, estrechando la mano á su señor, le dijo con emoción:

—¡Vuestro padre, vuestra madre, vuestra hermana la señorita Alicia!.... todos han muerto, todos han sido asesinados por Juan de Melfort, antiguo enemigo de vuestra casa.... todos están enterrados allá abajo en la capilla!

Berenger no podía sostenerse, las piernas le flaqueaban y se vió precisado á arrimarse á la pared, fijando sus ojos desencajados en Santiago; éste continuó:

—Se creía habíais muerto en Mansourah..... Melfort, no

temiendo ya vuestro regreso, se arrojó aquí como un bandido, como una ave de rapina, y asesinó á vuestros colonos, á vuestros criados, pages y escuderos.... Vuestro padre, mi señor, murió defendiendo á su hija; ésta cayó herida de muerte al golpe de una flecha, y vuestra madre sucumbió del dolor que la causó esta desgracia.... Los miserables cómplices de Melfort no se saciaron con estos crímenes; saquearon además el castillo, y dejaron los cadáveres sin sepultura, pero los religiosos benedictinos que acudieron en seguida los enterraron á todos en lugar sagrado..... A mí me dejaron por muerto en ese rincon del patio, ahí, pero después me levanté, se curaron mis heridas, y he continuado con mi pobre ganado habitando la casa donde me había criado, y cuyo pan había comido desde mi infancia. A deciros verdad yo nunca creía que hubiéseis muerto, siempre conservaba la esperanza de volveros á ver, os esperaba, quería deciros...

—¿Qué?

—¿Qué Juan de Melfort tiene un castillo, una esposa y una hija..... y que debeis vengaros.

II.

PEDRO NOLASCO.

La aurora del día siguiente empezaba ya á estender sus fúlgidos rayos sobre la tierra, cuando un hombre vestido con una sotana blanca y un escapulario, sobre el cual brillaba un escudo de gules y de oro, se adelantaba por el camino de Elvar; andaba con paso lento pero seguro, contemplando con cierto placer los copudos árboles, las colinas entapizadas de verde y las corrientes de agua que se despeñaban por entre las rocas cubiertas de musgo; de vez en cuando repetía á media voz algunos versículos del Salmista, elogiando con el rey profeta al autor de todo lo criado. Habiendo llegado cerca de las murallas del castillo, se quedó contemplándolas, y lamentándose de ver aquella morada que no era sino un monton de ruinas, «entremos, dijo, en la capilla, y roguemos un momento sobre estos sepulcros abandonados.» Atravesó aquel puente que los soldados no guardaban ya, entró en el patio grande, y quedó sobrecogido de admiración al ver á un joven que, sentado sobre un banco de piedra, miraba silencioso y triste las ruinas de que se veía rodeado; era Berenger. El religioso por un impulso de pura caridad se dirigió á él y le dijo:

—Hijo mio, ¿qué hacéis aquí solo en este lugar desierto? los dueños de este castillo no existen ya..... Pero advierto que estais pálido y al parecer cansado..... ¿os sentís enfermo? hablad; si estais desfallecido y débil, yo llevo pan é higos en este saco, y si padecéis algun mal tambien entiendo algo de medicina.

Mientras el buen religioso se espresaba con esta tierna solicitud, Berenger había levantado lentamente la cabeza, y arrojando sobre el que le hablaba una mirada fria, serena, y mas terrible que pudieran ser los gritos de un desesperado:

—Yo soy Berenger de Elvar, le dijo.

—¿Es cierto, hijo mio, exclamó el religioso, que vivís todavía? ¡Ah! sin duda el Señor os ha conservado para que experimenteis pruebas mas duras; pero creo que vuestro valor y vuestra fé os harán superior á ellas. Pero ¿qué hacéis aquí? Teneis parientes y amigos que se alegrarán mu-

chísimo de volver á veros y se considerarán dichosos de recibirlos en sus casas. Creedme, hijo mio, dejad estos tristes lugares cuyo aspecto solo sirve para avivar vuestro justo dolor.

—No quiero alejarme de este castillo, contestó Berenger con voz concentrada.

El religioso, aunque jóven todavía, tenia ya suficiente experiencia de los abismos que encierra el corazon del hombre; adivinaba fácilmente la ardiente resolucion oculta bajo un exterior de calma y de serenidad, la agitacion disfrazada por una sonrisa, la pasion mal reprimida aparentando una fingida tranquilidad semejante al volcan oculto bajo una capa de nieve; así, pues, tomando la mano del jóven caballero y fijando en él sus ojos negros y penetrantes, le dijo:

—Hijo mio, no quereis dejar estas ruinas porque su vista fomenta mas que vuestro dolor vuestros deseos de venganza, y aun mas que en vuestro padre pensais en Juan de Melfort.

—Y aun cuando así fuese, contestó el joven, aunque no pensase sino en devolverle el mal que me ha causado, ¿no seria esto justo? *La venganza me pertenece y go la ejerceré*, dijo el Señor.

—No, hijo mio, no es justo usurpar á Dios los derechos que él mismo se ha reservado; os hablo en nombre de aquel que seria vuestro juez; la venganza no os pertenece, os repito tambien de parte del que es vuestro Salvador: *Solo en la resignacion encontrareis el descanso de vuestra alma*. Destruyendo el hogar de vuestro enemigo ¿levantais acaso el vuestro? Hundiendo el acero homicida en el seno de la muger y de la hija de Melfort, ¿resucitarán acaso vuestra madre y vuestra hermana? Cuando sintais vuestra conciencia cargada con el peso grave que oprime la de vuestro enemigo ¿sereis por eso mas dichoso?...

—Padre mio, replicó Berenger, vos sois ministro de paz y no podeis juzgar....

—Hijo mio, antes que religioso fui tambien como vos guerrero; antes de vestir este sayal he llevado casco, coraza y el cinturon de los caballeros, he ceñido espada, y he conocido y experimentado las ideas mundanas.... Os hablo, pues, como un hombre que sabe juzgar de las glorias humanas, y puedo aseguraros que, si arrebatados y obcecados nos parece que existe cierta grandeza y satisfaccion en la terrible venganza, abriendo los ojos á la verdadera luz conocemos nuestro error, y vemos que hay otra venganza mucho mas noble perdonando generosamente, y triunfando así mas que de un enemigo puesto á nuestros pies, de las altivas pasiones de nuestro corazon.

—Padremio, vos no podeis comprender lo que pasa por el mio; así, pues, tened la bondad de retiraros y dejarme solo.

—Hijo mio, hermano mio, no puedo separarme de vos porque la hora de la desesperacion no es la de las buenas resoluciones; Dios me ha enviado aqui; ¡bendita sea su divina providencia que no hace nada en vano!

—Pero vos, exclamó ya incomodado Berenger, vos que quereis que yo perdone como un cobarde, ¿sabeis los males y desgracias que ese hombre me ha causado? ¿Sabeis que despues de dos años del mas duro y penoso cautiverio volvia yo rebosando alegría y esperanza, ávido de amor, con el alma llena de ternura por mis ancianos padres y por mi jóven y querida hermana, y que Melfort ha destruido todas mis ilusiones y preparádome en lugar del hogar doméstico un

monton de piedras y tres sepulcros? ¿No ha vengado él en mis pobres colonos, en un anciano, en inocentes mugeros los agravios de sus antepasados? Y no me ha de ser á mi permitido volverle luto por luto, dolor por dolor!.... Vos ignorais sin duda que durante esta triste noche que acabo de pasar bajo este techo derruido cerca de los sepulcros entreabiertos de mi familia, estaba oyendo sus lastimeras y queridas voces que no cesaban de decirme «hiere, mata, venganos!...» Obedeceré, cumpliré con este deber....

—No, hijo mio, vuestro dolor os estravió; yo he conocido á las personas por quienes llorais; vuestro padre era un hombre justo, vuestra madre una noble y virtuosa señora, vuestra hermana un ángel de paz y de inocencia; los tres desde el cielo os piden el perdon de su enemigo; desean, no que caigan sobre su cabeza los fuegos de la venganza, sino tesoros producidos por la caridad. ¡Oh almas bienaventuradas! no es venganza lo que pedís al Señor, pues no deseais otra á vuestro enemigo que la de verlo perdonado y sentado á vuestro lado en las mansiones eternas!... Pero vuestro hijo, vuestro hermano, enredado todavia en los lazos de la carne, no puede, no sabe comprender vuestros deseos.

—Vuestras palabras, padre mio, dijo Berenger, me hieren, me traspasan, y sin embargo conozco son las de un amigo.

—¡Ah! no lo dudeis, hermano mio; vuestro dolor, del que he sido yo el primer confidente, nos une para siempre; en nombre, pues, de la amistad que me habeis inspirado, os suplico me concedais un favor; nuestro monasterio no está lejos de aqui, dignaos aceptar en él la hospitalidad; venid con nosotros, nuestra casa será la vuestra, encontrareis en ella padre y hermanos dispuestos siempre á amaros, y allí, en el silencio y la reflexion pensareis mas despacio y con calma en vuestros proyectos, cualesquiera que sean estos; dejad, pues, estos lugares de desconsuelo y de afliccion, y venid á la morada que el Señor os prepara....

—¿Quién sois vos? ¿Cómo os llamais?

—Soy, dijo el religioso, un caballero de Nuestra Señora de la Merced, y me llamo Pedro Nolasco.

III.

LA HIJA DEL CAUTIVO.

Diez años habian transcurrido. La Orden de la Merced poseia una encomienda á las puertas de Mompeller, puesto avanzado de la caridad, de donde se veia salir diariamente aquella valiente milicia, que en continua defensa de las costas de la Europa, combatia contra las irrupciones de los sarracenos, y con una heroicidad sin ejemplo iba á arrancarlos sus victimas de las mismas mazmorras, ó de los arenales de los desiertos del Africa.

Hacia esta santa morada, cuyas blancas paredes se distinguian desde lejos, se dirigian á la mitad del dia una jóven y un niño cuyos trages manifestaban pertenecer á alguna familia distinguida; los acompañaba un anciano criado; atravesaron el puente levadizo y se detuvieron al pie de la torre en cuya punta flotaba el estandarte de la orden. Despues de haber dirigido algunas preguntas al centinela, éste les indicó el camino del claustro que no se atrevian á franquear intimidados en cierto modo á la vista imponente de este vasto recinto, y temerosos de turbar el descanso de un pacifico y glorioso sueño en que yacian algunos de los compañeros y

hermanos de Pedro Nolasco y de Raimundo de Peñafort. En el centro de un gran patio se veían algunos modestos sepulcros, y á su alrededor se hallaban los claustros abovedados en los cuales se paseaban silenciosos algunos caballeros y sacerdotes, vestidos los primeros con sotana y manto blanco, no llevando los segundos sino la sotana, sobre la cual brillaban las armas del rey de Aragón, como señal y testimonio del afecto que este monarca profesaba á la orden. Nada turbaba la calma y el recogimiento que allí reinaban, y solo se oían las pisadas acompasadas de los religiosos y el casi imperceptible ruido producido por el roce de sus largos mantos. Uno de estos sacerdotes habiendo observado á la jóven y á los que la acompañaban, se dirigió á su encuentro; era un hombre todavía jóven, pero en cuya frente arrugada, en su pelo ya canoso, y en su mirada triste y melancólica se advertían señales de haber padecido mucho, de haber sufrido largos y grandes pesares, y combates dolorosos consigo mismo; sin embargo, con una voz llena de dulzura se dirigió á la jóven diciéndole:

—¿A quién buskais? señorita.

—¡Ah, señor! respondió ella, somos unos desgraciados, casi huérfanos, aunque nuestro padre y nuestra madre viven todavía, pero el uno se halla cautivo de los sarracenos, y la otra está moribunda en su cama de la pena y dolor que esta desgracia la ha causado.

—¿Vuestro padre esclavo?

—Si señor; habia ido á Barcelona á recoger una herencia que habia dejado á mi madre un pariente suyo, y cuando volvía gozoso y satisfecho á la Provenza, los bárbaros atacaron y apresaron la galera en que venia; todos los esfuerzos que él y la tripulación hicieron para defenderse fueron inútiles; lo llevaron cautivo, y suponemos que á esta hora se halla en Tanger.... ¡Mi noble padre esclavo!... ¡Vendido á vil precio!.... Las lágrimas interrumpieron á la jóven, y su hermano viéndola llorar, lloraba también.

—Tranquilizaos, señorita, dijo el religioso; vuestro padre os será devuelto.

—¡Ah! noble y generoso señor; nada omitiremos por su rescate; mirad, mi madre nos ha entregado sus joyas, sus collares, anillos y demas adornos de valor; empeñaremos si es preciso nuestras posesiones y nuestras cuantiosas rentas; si os dignais ir á socorrer y libertar á nuestro padre, os entregaremos la cantidad que digais es necesaria para su rescate; tenemos fieles colonos, amigos verdaderos, y todos contribuirían con la mejor voluntad á la libertad del señor de Melfort.

—¡Melfort!.... exclamó el religioso; ¡Melfort!... ¿Decís que vuestro padre se llama?....

—Juan Melfort, señor; si sois de la Provenza no dejareis de conocer ese ilustre nombre.

—¡Ah! sí, lo conozco, dijo el religioso á media voz ¡ah! demasiado lo conozco! ¡Ojalá no lo conociese tanto!.... Y al mismo tiempo que pronunciaba estas palabras volvió la cabeza, pues, sus ojos chispeaban de cólera, pero fijándose en un crucifijo que se veía en el ángulo del claustro.— ¡Y qué, Dios mio! dijo para sí ¡todavía dominan las pasiones en este corazón domado por vuestra gracia! ¡Es posible que la voz de esta niña despierte en mí el odio y la venganza que yo creí haber ya sofocado!.... ¡Padre mio!.... ¡Madre mia!.... ¡Hermana mia!.... ¡Sombras santas!.... ¿Qué quereis de mí?... ¡No se apartarán nunca de mi vista vues-

tros sangrientos cuerpos!.... Y vos, Dios mio, mi Señor ¿qué me mandáis desde esa cruz?... ¡Ah!.... ya os comprendo.... basta.... sereis obedecido.... perdonadme, Señor, como yo perdono... Y volviéndose hacia los jóvenes, que se habian quedado silenciosos y sorprendidos, les dijo con inefable dulzura: Iré en busca de vuestro padre, y si Dios quiere, como yo espero, os lo devolveré; entretanto rogad por mí, pues soy un gran pecador.

Algunas horas despues un religioso en traje de camino recibía de rodillas la bendición de Pedro Nolasco, entonces general de la orden, que abrazándolo le decía:

—Id, hijo mio, y nada omitais, ni vuestra sangre, ni vuestra vida, ni vuestra libertad, en favor y beneficio del prójimo; id, servidor de Jesucristo, y procurad imitar á vuestro Señor; acordaos de vuestros votos, que os obligan á permanecer cautivo y encadenado con tal de librar á un cristiano.... ¡Adios, hermano Berenger!.... (1)

IV.

EL RESCATE.

El vigia colocado en la punta de la torre de la abadía de San Victor de Marsella acababa de distinguir varias embarcaciones, que muy pronto iban á entrar en el puerto, y ya muchas gentes se apresuraban por llegar cuanto antes al muelle para reconocer en el velamen y en el modo de bogar aquellos bageles empujados rápidamente por un viento fresco. Entre el gentío bullicioso y agitado se veía un pequeño grupo separado compuesto de una muger vestida de negro ó en traje de viuda, de una jóven tímidamente apoyada sobre su madre, y de un robusto y hermoso muchacho de unos doce años que como distraído se entretenía en acariciar á un ligero lebel; un criado ya anciano se hallaba de pie á muy corta distancia de sus amos, y todos fijaban su impaciente vista en las velas blancas que poco á poco iban acercándose mecidas por las olas que levantaba la brisa matutina; ya se distinguían, aunque de lejos, los dibujos que en las aguas formaban las arboladuras y aparejos, y las formas diferentes de tres naves; á muy poco rato se hicieron visibles los colores de los pabellones enarbolados en sus proas, y pasados unos instantes de zozobra y de inquietud un experimentado marino empezó á gritar en alta voz: «¡Alabada sea Nuestra Señora de la Guarda! ya conozco la primera embarcación, es la *Nave feliz*; viene de Palermo, y

(1) La orden de *Nuestra Señora de la Merced para la redención de cautivos*, fué fundada en el año de 1218 por Raimundo de Peñafort, Pedro Nolasco, y Jaime, rey de Aragón. Muchos caballeros y sacerdotes en raron también en ella, obligándose á observar los votos de obediencia y de pobreza, pero mas especialmente el de caridad; este último se espresaba en estos términos: «Yo, N. N. caballero de Nuestra Señora de la Merced de la redención de cautivos, hago profesión de vivir dedicado á Dios, de observar la regla de San Benito, y cuando sea necesario me obligo para libertar á los fieles de Jesucristo á permanecer cautivo entre los sarracenos.» Los sacerdotes llevaban una túnica blanca con un escapulario encima, y una capa ó manto del mismo color. Los caballeros usaban el traje seglar, pero blanco también, y el escapulario. Las armas de Aragón, gules con tres barras de oro, y la estrella de plata colocada encima, estaban bordadas sobre los escapularios. Esta orden, que hizo inmensos servicios á la cristiandad, se extendió muy pronto en Francia, en España y en Portugal, y dió á la Iglesia un gran número de santos canonizados, entre los cuales sobresalen los bienaventurados fundadores San Ramon Nonnato, San Pedro Pascual, obispo de Jaira, que fué martirizado por los mahometanos, y otros muchos. A estos religiosos se les llamaba Padres de la Merced ó *Redentores*. (Véase á Godescard, *Vida de los Santos*, y la *Historia de la Iglesia* por Rohrbacher, Helyot sobre las órdenes religiosas y militares, tomo 3.^o).

nos traerá noticias del señor de Anjou, marido de la señora Beatriz de Provenza.

—Y la segunda, interrumpió otro, es la carabela *Santa Maria*, que viene de Esmirna cargada de frutas y de esencias.

En efecto, las dos naves anunciadas no tardaron en entrar en el puerto entre las aclamaciones y gritos de alegría de una infinidad de curiosos. La tercera, mas pesada, iba quedándose atrás por efecto de la lucha que sostenía contra el viento que arreciaba. La viuda y sus hijos, sin perderla un momento de vista, no participaban de la alegría general, sino que por el contrario crecía por grados su ansiedad, y de vez en cuando la pobre y afligida señora exclamaba:

—Vuestra esperanza es inútil, hijos míos, Dios quiere probarnos mas.

—Madre mia, exclamó de repente el joven, mirad... yo distingo de muy lejos, y me parece ver el estandarte de la religion que flota á bordo de aquella nave.

La viuda perdió el color, y llevando sus manos á su corazón, casi desfallecida entre el gozo y el temor, imploró el auxilio divino.

En efecto, el navio estaba ya á la vista y se distinguía la bandera que azotada por el viento tremolaba en la proa; en ella se veían sobre fondo blanco las armas de Aragon y la divisa *Redemptionem misit populo suo* (1).

—Es *El San Juan Bautista*, el navio de los redentores! exclamó el pueblo á una voz.

—Dios mio! dijo la viuda ¿seria cierto? ¡Oh, Virgen Santísima, no permitais que mis esperanzas queden frustradas!

Y al pronunciar estas palabras miró y vió sobre la cubierta del navio un hombre envuelto en una capa blanca.

—¡Madre mia! dijo la joven, es él, ese es el sacerdote!

—Y le acompaña un cautivo ¡viva! ¡viva! gritaron los marinos y toda la gente ¡viva Nuestra Señora de la Guardia! el cautivo depositará las cadenas en su altar.

La señora, llevada como por instinto natural, se acercó á la orilla; parecia que se le oscurecía la vista, y no se atrevía á mirar por temor de no ver al esposo tanto tiempo esperado; pero los gritos de alegría de sus hijos y de los circunstantes la obligaron á levantar la vista... El navio se hallaba ya en el puerto; un hombre pobremente vestido, los pies descalzos, y las manos cargadas de cadenas, pero con semblante alegre, acababa de desembarcar. La señora al verle dió un grito, se adelantó un poco, y embargada por la alegría, cayó en los brazos del cautivo. Este la estrechó contra su corazón, bendijo con una señal á sus hijos, los cuales puestos á sus pies se daban prisa de quitarle las cadenas, que él mismo se habia colocado hacia poco. Despues volviéndose á los que le rodeaban, y señalando al religioso que bajaba del navio, exclamó en alta voz: Esposa mia, hijos míos, si me amais, amad y bendecid á este religioso; le debo mi libertad y hasta mi vida, pues sin él ya no existiría; si quereis, pues, darme una prueba de que amais á Melfort, ninguna puede ser mayor que la de amar á este santo hombre.

Y al observar que éste trataba de ocultarse y alejarse, el caballero lo detuvo vigorosamente por el brazo, y gritó en voz todavía mas alta: Me buscó en los confines del de-

sierto, á donde mis dueños me habian llevado; me encontré moribundo de la peste que me habia atacado, y sin temer el contagio, sin disgusto ni aprension, se instaló á mi lado, y con sus escesivos y esmerados cuidados, y aun mas, con su buena amistad, me volvió la salud y la vida. Los infieles exigían una fuerte suma por mi rescate, y ese santo religioso se ofreció á quedarse cautivo en mi lugar; pero Dios y su bendita madre son testigos de que jamás hubiese yo consentido en ello. Eso es lo que ha hecho por mí, oídlo todos, y tú en particular, hijo mio, pues quiero que todo el que lleve el nombre de Melfort sea en adelante y siempre el amigo y el servidor de la santa orden de la Merced.

Apenas el cautivo acabó de pronunciar estas palabras, cuando un hombre embozado en una capa de paño burdo y cubierta su cabeza con un sombrero de anchas alas, abriéndose paso por entre la muchedumbre y dirigiéndose á Melfort le dijo:

—¿Sois vos el señor de Melfort? ¿Sabeis el nombre del que os ha rescatado?

—No sé sino que se llama el padre Berenger; no lo conozco por otro nombre.

—Pues sabed, replicó el desconocido, que se llama Berenger de Elvar....

¡Ah! mi buen amo, mi querido señor, continuó, cogiendo las manos al religioso, estrechándoselas y llenándoselas de lágrimas, por mas que querais ocultaros, yo os he reconocido!.....

Melfort dió un paso atrás sobrecogido de estupor; miraba al religioso con cierto espanto, y como si se le hubiese aparecido un muerto salido del sepulcro.

—¡Berenger de Elvar!.... balbuceó al fin ¿será verdad?

—¿Si es verdad? hubiese reconocido á mi amo en medio de un ejército, exclamó Santiago el Rojo, pues era él; yo fui en otro tiempo su vasallo, su esclavo, y me dió la libertad, y me enriqueció; ahora, gracias á él, soy hombre libre y ciudadano; es mi bienhechor.

—Y el mio, dijo Melfort, cayendo de rodillas á los pies de Berenger; servidor de Dios ¿es cierto todo lo que oigo? ¿Y vos sois quien me habeis salvado la vida con peligro de la vuestra, á mí, sabiendo quién era yo me habeis abrumado de beneficios?.....

—No os humilleis asi, hermano mio, ante un pecador, respondió Berenger levantando al caballero; olvidemos lo pasado y roguemos á Dios que nos perdone nuestras mútuas ofensas.

—Vuestro perdon es el que yo imploro para conseguir el del Señor, replicó Melfort, porque habeis de saber, continuó, que desde el día en que por vengar los agravios hechos á mis padres causé las desgracias de los vuestros, llevando el luto y la desolacion á vuestra casa, desde ese día fatal no he tenido un momento de sosiego ni de tranquilidad, y hasta las felicidades que el cielo me concedia estaban mezcladas de amargura..... Sin embargo, me consideraré absuelto de todo si os dignais perdonarme.

—Recibid este abrazo como prueba de amistad, contestó Berenger, estrechando sobre su corazón al que habia sido el enemigo y destructor de su casa y familia; vamos al altar, donde yo ofreceré la sagrada víctima, y recibiré la prenda de la misericordia de Dios; venid, acompañadme.

Y ambos abrazados se dirigieron á la capilla de Nuestra Señora de la Guardia seguidos de Santiago el Rojo y de un

(1) Divisa de la Orden de la Merced, sacada del salmo 110: *El Señor ha dado un redentor á su pueblo.*

inmenso gentío. El cautivo depositó sus cadenas á los pies de la milagrosa imagen; en seguida se dió principio á la misa, en la que Berenger sacrificó por última vez en el altar la memoria del odio y del resentimiento, y cuando unido al Salvador de los hombres puso la sagrada hostia en la boca de Melfort y en las de su esposa ó hijos, desaparecieron para siempre hasta los menores restos de la enemistad que habia reinado entre las dos familias, que desde entonces formaron una de hermanos unidos con los lazos de la caridad divina, con los sacrificios de la virtud mas heroica, y con la gratitud mas humilde y mas verdadera (1).

G. M. Y G. DE LA I.

DE BRUSELAS A AMBERES.

EMBARCADERO.—EL SENNA.—LACKEN.—WILLEBROECK.—VIL-
VORDE.—PROVINCIA DE AMBERES.—EL DYLE.—EL NETHE.—
CONTICH.—VIEUX-DIEU.

Una parada en Ambéres es el complemento del viaje clásico á Bruselas. Sensible es desprenderse por la mañana de las brillantes seducciones de aquella capital, para dirigirse al hermoso embarcadero del camino del Norte.

Saludemos al entrar en ese aéreo é inmenso edificio, el advenimiento de un nuevo orden de arquitectura, desconocido por nuestros antepasados: el orden de los caminos de hierro, en donde la industria se ha elevado hasta las esferas del arte, y ha encontrado, sin buscarlas, nuevas y atrevidas bellezas. En esa grandiosidad de la carpintería, y en esa poesía de la herrería, reconocemos todo el ingenio y el impulso de este siglo, que indudablemente pierde el tiempo que emplea en copiar los templos griegos y góticos, y las basílicas bizantinas, cuando se le presenta á sus ojos todo un mundo inédito de creaciones severas á la par que imponentes, que imprimirán su sello y su originalidad en las épocas venideras. Esencialmente práctico y positivo, este siglo debe propender á idealizar lo usual de la vida; el puro capricho y el arte para el arte, no son ya de su gusto ni de su edad. Es un siglo maduro, á que deben repugnar la vivacidad y los bruscos movimientos de la juventud. La Granja, Aranjuez y el Escorial, se hallan afortunadamente concluidos, porque ya ha pasado irremisiblemente para nosotros el tiempo de construir fastuosos palacios ó nuevos jardines de Armida. Grandes fábricas de fundición con sus humeantes obeliscos, poblaciones obreras, edificios particulares elegantemente adornados y perfectamente sanos, puentes, calzadas, faros, piroscafos, muelles, ferro-carriles, *tunnels*, caminos gigantescos y embarcaderos que pueden contener bajo su trasparente techo todos los habitantes de una ciu-

dad, son los monumentos de una época tan atareada y febril como la nuestra. El arte conspira con la ciencia, sobre todo con la matemática, á crear los tipos que mas se adaptan á las exigencias del día. De esa unión, en la apariencia mal cimentada, resultará la poesía del siglo. Cada cosa tiene su belleza propia.

Pero suena la campana y la corneta, y el bramido de la locomotora nos saca de repente de nuestras reflexiones y del magnífico embarcadero que nos las habia inspirado. Nos deslizamos por entre los arrabales de Lacken y de Schaerbeek, y atravesamos el extraño diminutivo del Sena francés, que baña el París de los belgas, el *Senna* brabantino, miserable rival que ni aun siquiera puede sostener una barca, y que recuerda sin mucha ventaja, al Bievre á su salida de los Gobelins.

A la izquierda, sobre la colina, y al extremo de aquella inmensa pradera divisais un magnífico palacio... Pues es Lacken, el Versalles, el Windsor, el Buen Retiro, el Peterhof de la monarquía belga.

Lacken es un palacio moderno, construido en 1782 con arreglo á los planos del archiduque Alberto, gobernador de los Países Bajos, príncipe austriaco que tenia el gusto y los instintos de un florentino del siglo XVI. La situación de Lacken es encantadora; el parque, muy grande y hermoso, contiene un invernadero, un teatro, pabellones y fuentes muy notables. Los belgas sienten mucho la demolición de una magnífica torre chinesca, nueva edición corregida y considerablemente aumentada de la famosa pagoda de Chanteloup, á cuya cima se subía por *trescientos sesenta y seis* escalones: era una torre bisestil ó bisiesta. Durante la revolución la compró un procurador y la mandó derribar. El palacio hubiera quizas sufrido la misma suerte, si el emperador Napoleon no le hubiese preservado de los tártaros de la banda negra. Compró á Lacken para regalárselo á María Luisa, devolviendo á la hija de los Césares lo que provenia del archiduque. Los augustos esposos pasaron algunas temporadas en aquel noble palacio de verano, y Napoleon firmó allí el documento que contenia el germen de su abdicación futura: su declaración de guerra á la Rusia está fechada en Lacken.

Propiedad de la corona, ese hermoso palacio es en el día la residencia favorita y permanente, ó poco menos, de la familia real belga. Tanta afición le tiene el rey Leopoldo, que apenas le abandona, aun en las circunstancias importantes. Me acuerdo que asistiendo hace pocos años, en Bruselas, á las fiestas en celebridad de las jornadas de setiembre, me extrañó el no ver allí al rey de los belgas, que aun en aquellos días no habia podido decidirse á dejar su mansión predilecta. Su ausencia producía una impresión desagradable: decíase en alta voz que el soberano elegido por la voluntad nacional, se tomaba poco interés en los negocios de su reino, en una palabra, que *no gobernaba*. Los sucesos se han encargado de justificar despues á Leopoldo: su indiferencia política y su poco apego al poder, le han salvado, consumada la revolución de febrero. Ha comprendido mejor que su suegro su misión de monarca constitucional. En vez de dirigir ó de contener el movimiento, ha cedido á los votos del pueblo. Así es que ha permanecido en su trono, tan pacífico y mas apreciado que nunca. La Bélgica le está agradecida, por haberla dejado llevar á cabo sin resistencia y aun asociándose á ella, reformas indispensables, y le

(1) La redención de cautivos continúa verificándose por mugeres francesas dedicadas á la caridad. Las religiosas llamadas del Buen Pastor, fundaron una casa en el Cairo y otra en Tunez exclusivamente para el rescate y la educación de niñas esclavas; compradas estas en los mercados, son recibidas en la casa del Buen Pastor, donde se las prepara para el bautismo; se las instruye al efecto, y además se las hace aprender algun arte ú oficio de los que están en uso en Europa á fin de asegurarles para lo sucesivo medios de subsistencia. Estos nobles establecimientos prosperan de día en día, y una limosna de 50 ó 60 francos basta para el rescate y educación de una niña africana, á quien al mismo tiempo se le proporciona el cielo y la libertad. Muchas de estas niñas han sido llevadas á Francia, donde han dado pruebas de inteligencia y de piedad.

deudora de hallarse en el día mas avanzada que la Francia en el camino de la asociacion y asistencia mútua. Leopoldo ocupará un lugar envidiable en la historia de este tiempo.

La llanura que descubrimos en direccion de Lacken, es *Mon-Plaisir*. Linda con el venerable canal de Willebroeck, ó de Bruselas, que empezado en 1550 para enlazar á Bruselas con Amberes, cuenta en el día trescientos dos años; une al Senna con el Escalda. Willebroeck, que le ha dado su nombre, es un pueblo pequeño de la provincia de Amberes. Se le cita como el teatro de la última entrevista del desgraciado Egmont y del príncipe de Orange. El príncipe, que debía marchar á Alemania, invita á Egmont á que le acompañase, pero éste se opuso y le dijo al partir:

—¡Adios, príncipe sin tierra!...

—Adios, conde sin cabeza, le contestó el príncipe de Orange.

Pocos meses despues de este horoscopo, Egmont fué decapitado en Bruselas con el infortunado Horn.

Hé ahí á Vilvorde que anuncia una casa colosal de correccion por el gusto de la de los Estados Unidos. Me han asegurado que puede contener hasta dos mil malhechores. Pero en honor del Brabante, me complace en creer que no estará llena. Esta cárcel-modelo se eleva sobre las ruinas del antiguo castillo de Vilvorde, que sirvió tambien de prision: el sitio inspiraba. Allí fué encerrada madama Deshoulières en 1637, en concepto de prisionera de estado. La célebre autora de los *Carneros*, pertenecía á esa raza de mugeres fuertes, como madama de La Guette, madama de Montbazon, madama de Longueville, y la grande Mademoiselle, que tanto brilló en tiempo de la Fronde, y se cubrió de laureles mezclados con algunos mirtos.

El motivo de semejante rigor no ha sido jamás conocido. Mr. Deshoulières, teniente coronel y noble potevino ó del Poitou, habia tomado el partido de los principes en las discordias civiles. Se unió con Condé en Bruselas, dejando en una posesion suya á su cara esposa, que impaciente con la viudez, no tardó en ir á reunirse con su marido. Madama Deshoulières, entonces jóven, brillante y de admirable hermosura, produjo grande sensacion en Bruselas. Llegó á ser el centro y el punto de mira de una multitud de intrigas que en la apariencia no fueron todas amorosas, pues que el gobierno de los Países Bajos la mandó prender una noche, y conducir al castillo de Vilvorde, en donde, las historias contemporáneas nos refieren que durante ocho meses procuró suavizar su cautiverio con lecturas edificantes. Su marido que la idolatraba, bajo pretexto de ser portador de un mensaje del príncipe de Condé, logró introducirse en la Bastilla brabanzona, á la cabeza de algunos hombres intrépidos, y sacó de ella á la prisionera á viva fuerza. Desde allí se fueron á Francia, en donde la amnistia real les permitia volver á entrar, pero allí les aguardaba el *domi egestas*, de que con tanta frecuencia se queja madama Deshoulières: triste cadena, algunas veces mucho mas pesada que la de las prisiones de estado.

Vilvorde es la municipalidad mas antigua del Brabante, y la cuna de las beatas. Está rodeado de risueñas casas de campo.

En cuanto se pasa de Vilverde cesan las praderas que ha atravesado el ferro-carril desde Bruselas, y se entra en unos terrenos fértiles y admirablemente cultivados.

Esas dos torres puntiagudas que se ven á lo lejos á la

derecha, son las de Perck y Elewyt, poblaciones pequeñas pero ilustres por la memoria de Rubens y de Teniers: ambos fueron en ellas hacendados: el primero poseia en las inmediaciones de Elewyt la antigua casa de campo de *Steens*, en donde compuso y ejecutó un gran número de sus obras: el segundo, menos favorecido de los bienes de fortuna, era, no obstante, propietario de la granja de las *Tres Torres* en Perck, cuyos sitios ha reproducido en una multitud de cuadros.

Hé ahí la iglesia de Sempst, una de las mas antiguas de la provincia. Poco despues se sale del territorio del Brabante y se entra en el de Amberes: á lo lejos se divisan la enorme torre y los elevados campanarios de Malinas.

La provincia de Amberes, una de las nueve de la Bélgica, que en tiempo del imperio francés fué el departamento de los *Dos Nethes*, contiene una poblacion de cerca de 370,000 habitantes, repartidos en una superficie de 284,000 hectáreas. Se halla dividida en tres partidos judiciales y administrativos, subdivididos en diez y nueve cantones. Comprende cuatro ciudades, una de ellas de primer orden, y ciento treinta y ocho pueblos ó municipalidades rurales. Envía cuatro miembros al senado, y nueve á la cámara de representantes. Depende de la silla arzobispal de Malinas, primada de la Bélgica, de la cual son sufragáneos los obispados de Namur, Tournai, Brujas, Gante y Lieja.

Atravesamos despacio y por un puente colgante el canal de Lobayna, y llegamos á Malinas, vasta estacion central, á donde van á parar las líneas de hierro del Norte, del Este o del Oeste.

El nombre flamenco de Malinas es *Mechelen*. Continuaremos, pues, nuestro camino sin detenernos, hácia la patria del grande Pedro-Pablo y de tantos artistas famosos.

Al dejar á Malinas, el tren sigue á lo largo de la ciudad que queda á la izquierda, poco despues atraviesa el camino de Lobayna, y luego el Dyle, riachuelo que baña á Malinas, y que en tiempo del imperio dió su nombre al departamento del Brabante, de que era capital Bruselas.

Acerca del Dyle existen muchas leyendas: el mitho cristiano desempeña en ellas el papel principal: Josué detuvo al sol; pero el Dyle hizo mas: se detuvo en el sitio en donde en el día se halla la iglesia de Nuestra Señora de Hanswyck, porque conducia una barquita con la efigie de la Virgen, que escapando de la devastacion de una iglesia eligió aquel sitio para su santuario futuro.

El terreno presenta algunos accidentes poco despues de Malinas, y su espléndida monotonía es reemplazada por una mezcla de matorrales, tierras de labor, bosques y dehesas. Aquel elevado campanario es el de Wavre-Santa-Catalina, uno de los grandes distritos rurales tan multiplicados en Bélgica, y cuya estension, igual por lo menos á la de una ciudad pequeña, revela la importancia y el estado de perfeccion de la agricultura nacional. Saludamos las ruinas de la ilustre abadía de Rosendaal (*Valle de las rosas*), que perteneció á la órden del Cister, y luego llegamos al Nethe, que atravesamos con gran ruido, por un puente de madera.

Hay dos Nethes; el pequeño y el grande, que no lo es: su confluencia forma el Nethe propiamente dicho, que es el que acabamos de atravesar. Como los Dos Sevres, á que con poca diferencia igualan en importancia, dieron su nombre á un departamento cuya capital fué Amberes.

A las márgenes del Nethe se halla situada Duffel, baro-

nia, cuyo nombre fué célebre en los anales belicosos y agitados de las Provincias Unidas, y en el día rica por su industria y su comercio. Nos alejamos de este pueblo considerable y nos acercamos á Contich, de igual importancia, y rodeado de palacios ó quintas antiguas y de jardines magníficos.

Ya llegamos á Vieux-Dieu, última estación antes de Am-

ven magníficas quintas. El tren atraviesa la muralla del circuito, y se detiene por fin en la puerta de Boergerhout. Desde Bruselas empleamos dos horas escasas, porque los caminos de hierro belgas no son en los que se despliega mayor velocidad.

No entra en nuestro plan por ahora, ni por otra parte tenemos espacio para introducirnos en la antigua é imponente



Casa de Rubens, en Amberes.

beres, llamado así por un cerro que todavía subsiste, en donde los bátaos adoraban á un célebre idolo pagano. La aldea se halla á la izquierda, y al mismo lado se ve Berchem, en donde se estableció el cuartel general del ejército francés durante el sitio de Amberes, cuya cercanía anuncia bien pronto el esbelto y atrevido chapitel de la torre de Nuestra Señora. A derecha é izquierda del ferro-carril, se

te ciudad que domina el Escalda, ancho al frente de sus murallas como un estrecho de mar. Seria un paseo y un reconocimiento que nos llevaria demasiado lejos. No hemos tratado mas que de describir el itinerario desde Bruselas al gran puerto marítimo que compite con el Havre, Rotterdam y Marsella. Pero volveremos pronto y penetraremos en la ciudad, despues de haber visto las afueras.